



Annabeth Berkley

UNA
DECISIÓN
personal

Una decisión personal

Una decisión personal

ANNABETH BERKLEY

© 2021, Annabeth Berkley

ISBN: 9798549987746

Correcciones: Yolanda Pallás

Diseño de cubierta: Roma García

Imágenes compradas en Adobe Stock

Impresión independiente

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Tengo un regalo para ti:

Antes que nada, muchas gracias por querer leer mi novela.

Sinceramente espero que te guste, y si es así, me encantaría que me dejaras un testimonio al respecto en las redes sociales.

Quiero agradecerte tu confianza invitándote a descargar gratuitamente el libro «Una pasión escondida» de la serie Edentown, en este enlace: <http://www.annabethberkley.com/descarga-una-pasion-escondida/>

Disfruta de la lectura

¡¡Un abrazo!!

Annabeth Berkley

*Con todo mi cariño para aquellos valientes que se atreven a empezar una nueva vida
escuchando a su corazón.*

Nunca es tarde para ser lo que podrías haber sido.
George Eliot

Una decisión personal

Valerie Campbell, somnolienta, escuchó la voz de su hermano en el piso inferior. Se cubrió con una mano sus grandes ojos verdes apenas abiertos. ¿Ya era de día? ¿Por qué había amanecido tan pronto? se preguntó ahogando un suspiro.

Soltó el aire que no sabía que estaba reteniendo mientras se incorporaba en la cama. No podía ser que se despertara también con esa sensación en casa de su madre, se recriminó. Sobre todo, cuando acababa de tomarse unas vacaciones después de una ajetreada temporada en el hospital donde trabajaba.

Respiró profundamente por la nariz y soltó el aire suavemente por la boca. Varias veces. Miró a su alrededor para distraerse. La luz de la mañana entraba por la ventana. El papel de pequeñas flores que había escogido cuando era adolescente seguía decorando la pared. Sus viejos peluches y unos cuantos libros se apilaban en la estantería de color blanco. Las cortinas en color crudo, a juego con la colcha que había a los pies de la cama, le transmitían la calidez que había ido buscando. Estaba en casa, se repitió. Parecía que se encontraba mejor.

Suspiró. Su hermano iba a casarse con la mujer de su vida, literalmente. Nunca hubiera apostado porque ese tipo de sueños se hicieran realidad. Ella había tenido posters de Leonardo Di Caprio en la pared de su habitación y jamás se había planteado en serio encontrárselo cara a cara y casarse con él. Hizo una mueca. Probablemente también la hubiera dejado. Igual que Stan. Volvió a suspirar.

Negó con la cabeza y se forzó a sonreír. No podía seguir pensando en cosas negativas. Se lo había dicho su médico y compañero en el hospital. Le había dado a elegir entre unas vacaciones o una baja médica por ansiedad. Había elegido las vacaciones. Ella no tenía ansiedad... o no mucha. Lo que le ocurría realmente era que estaba en una época un poco mala. Solo eso.

Stan Barrows, su pareja, la había dejado alegando susceptibilidad y mal carácter. Ella no tenía mal carácter. Solo se le había agriado un poco después de largas y agotadoras jornadas en el hospital del que no quería salir. Había llegado a sentir, inexplicablemente, que, si se iba del hospital a su casa, no querría volver.

Le gustaba su trabajo como enfermera... más o menos. Aunque últimamente se había obsesionado demasiado y había descuidado su relación con Stan. Resopló de nuevo. Debía dejar de pensar, y estaba escuchando hablar a su madre y a su hermano en la cocina. Seguro que Dexter había llevado algo para desayunar, como su madre le había contado que se había acostumbrado a hacer.

Había llegado muy tarde la noche anterior y tras hablar un poco con ella se había escondido en la cama; porque era lo que realmente había hecho, esconderse. Su madre no parecía haberse creído que se había tomado quince días de vacaciones para celebrar la boda de su hermano, pero no le apetecía darle más explicaciones, por lo menos, de momento.

Bajó en pijama, con su cabello castaño despeinado y con una sonrisa en el rostro. La casa olía a café. Entró en la cocina y su hermano la recibió con los brazos abiertos. Seguía tan guapo y cariñoso como siempre. Sus ojos verdes brillaban alegres.

—Me alegro de verte, Valerie —le dijo sincero—. ¿Qué tal todo por Nueva York?

Valerie dio un beso en la mejilla a su madre antes de mirar los vistosos *cupcakes* que había sobre la mesa de la cocina.

—Qué buena pinta tienen —comentó distraída evitando la pregunta de su hermano—. Supongo que la tarta de la boda se la habréis encargado a Carolyn.

—Sí —le respondió Dexter dando un sorbo a su café—. Pero yo quiero que sea un brownie gigante y Bronwyn quiere una de tres pisos de nata y fresas.

—Tú quieres un brownie para hacerle rabiñar —le sonrió Adrienne Campbell a su hijo—. ¿Qué infusión te preparo, Valerie?

—¿Qué tienes, además de té? —le preguntó Valerie cogiendo un *cupcake* con *frosting* de color verde.

Adrienne rebuscó en su caja de infusiones.

—Valeriana, tila, lavanda...

—Sí, pues las tres me vendrán bien —respondió Valerie evitando la mirada de su madre y dando un mordisco al *cupcake*—. Qué bueno está... ¿Qué tal los nervios de la novia?

Dexter le sonrió.

—Creo que yo estoy más nervioso que ella —le dijo divertido—. Me alegro de que te hayas cogido unos días de vacaciones. ¿Cuándo vendrá Stan?

Valerie miró a su hermano tragando a duras penas lo que llevaba en la boca.

—No vendrá... lo hemos dejado —le respondió con una mueca.

No le había dolido la ruptura. Más bien le había incomodado y sorprendido.

—¿Estás bien? —le preguntó Dexter sentándose a su lado.

—Sí, sí... Ya sabes, horarios incompatibles, mucho trabajo en el hospital...

Dexter miró a su madre incómodo.

—Lo importante es que tú estés bien, hermanita —le dijo cariñoso—. Bueno, será mejor que me vaya al taller.

Se levantó y después de dar un beso a su madre en la mejilla, salió por la puerta, dispuesto a disfrutar del nuevo día.

Adrienne acercó la infusión a su hija y se sentó en el sitio que había dejado libre Dexter.

—Él creía que habías venido antes por su boda.

—Lo superará —le dijo irónica, con cariño.

—¿Me lo vas a contar?

—¿El qué?

—Lo que te ocurre.

Valerie empezó a notar que le faltaba el aire. Su respiración se agitó, un sudor frío recorrió su cuerpo. Desenfocó la mirada.

Adrienne le puso una mano sobre su hombro.

—Vamos, Valerie —le dijo transmitiéndole seguridad y templanza—. Respira tranquila. No pasa nada.

Valerie asintió cogiendo aire profundamente y expulsándolo por la boca, varias veces. Poco después miró a su madre. Siempre había sido el pilar de la familia. Tan fuerte, tan sensata, tan cariñosa. Observó que se había puesto algunas mechas de color más claro sobre su cabello castaño y ligeramente ondulado y, aunque tenía algunas arrugas junto a los ojos, le parecía que el tiempo no pasaba por ella.

—No sé qué me ocurre —le confesó.

—¿Tiene que ver con Stan? —le preguntó Adrienne.

—Creo que no —le respondió no muy convencida—. Creo que he estado trabajando demasiado. He hecho muchas horas seguidas en el hospital. No he descansado mucho.

—¿Y por qué lo has hecho?

Valerie miró a su madre y se encogió de hombros.

—Valerie, ¿qué te ocurre, cariño?

—No lo sé.

—¿No lo sabes o no lo quieres pensar?

—Las dos cosas —murmuró bajando la mirada.

Adrienne suspiró.

—Ya hacía tiempo que no veía tus ataques de ansiedad —le comentó—. ¿Recuerdas cómo te ponías cada vez que tenías un examen?

Valerie asintió apretando los labios.

—Ahora no tienes exámenes.

La joven negó con la cabeza.

—¿Entonces? —insistió Adrienne.

—No lo sé, mamá... Supongo que se me habrá juntado todo.

—¿Qué es todo?

—Mucho trabajo, lo de Stan, los treinta años...

Adrienne enarcó las cejas, escuchando atenta a su hija.

—Parece que nos vamos acercando... ¿qué ocurre con los treinta años?

—Siempre había pensado que a los treinta estaría felizmente casada, con hijos y sería feliz en mi trabajo... y mira.

Adrienne asintió.

—Bueno, una cosa son los sueños que tienes de niña y otra cosa es que esos sueños no hayan cambiado a la vez que tú. ¿Tienes los mismos sueños que a los diez años? Espero que no. Has madurado. ¿Qué te preocupa?

—Todo... —le confesó—. No. Nada. No lo sé. No estoy preocupada, mamá, es que siento que no tengo nada. No tengo marido, no tengo hijos, me ahogo en el trabajo... mamá, no hay nada bien en mi vida... y veo a Dexter que sigue en Edentown, trabajando en un taller mecánico y es feliz. Mamá... Es feliz —le repitió—. Y yo no sé qué hacer con mi vida.

Adrienne había apoyado el codo en la mesa para poder sujetar la cabeza sobre una de sus manos.

—Bueno, pues ya lo has sacado.

—¿El qué?

—Lo que te pasa.

—No le tengo envidia a Dexter. Me alegro por él.

—No lo dudo.

—¿Entonces?

—Creí que te gustaba el trabajo.

—Y me gusta —le respondió Valerie con voz más baja.

—Acabas de decir que no.

—Solo es que ha habido mucho trabajo de repente, he tenido que doblar turnos y supongo que me he sentido sobrepasada.

Adrienne asintió mientras la veía levantarse. Valerie evitó la mirada de su madre. No sabía cómo lo hacía, pero siempre le hacía pensar en cosas que no quería.

—Voy a ducharme. Creo que salir a dar una vuelta y dejar de pensar, me vendrá bien.

—Tú sabes que no puedes huir de ti, ¿verdad?

Valerie le hizo una mueca antes de salir de la cocina.

Adrienne elevó los ojos al cielo. ¿Cuándo dejaba una madre de preocuparse por sus hijos?



Grant Correll miró satisfecho las últimas fotos que había hecho del lago. El paisaje le transmitía calma, vida y algo más que no sabía cómo definir. Sin duda eran muy buenas fotos, no porque él fuera un reconocido y prestigioso fotógrafo, sino porque el entorno era, sin saber por qué, «diferente».

Se fijó en una joven que caminaba distraída y sin prisa. Enfocó la cámara. Estatura normal, peso normal, vestido de color oscuro bailando con la brisa, cabello castaño con reflejos en caoba... Apostó mentalmente a que tendría los ojos verdes. Hizo varias fotos. Le parecía pensativa, quizá triste, melancólica... Miraba al lago de vez en cuando, como si pudiera escuchar sus pensamientos y responderle. Sin duda, no era una turista, supuso. No admiraba el lago, parecía formar parte de él.

—¿Te gusta lo que ves? —escuchó una voz femenina a su espalda.

Grant sonrió antes de girarse para ver a una de las mujeres más bellas que había conocido nunca. Seguía tan bonita como recordaba. Alta, con el cabello castaño y largo, con sus oscuras pestañas enmarcando unos preciosos ojos azules... a juego con el agua del lago... El día de la boda le haría unas fotos increíbles en ese entorno, pensó.

—Bronwyn —la abrazó con cariño—. Me alegro mucho de verte.

—Yo también —le sonrió ella—. Gracias por venir.

—Te dije que lo haría —le recordó terminando el abrazo—. Edentown te sienta bien.

—Sí —aceptó complacida mirando con él hacia el lago—. ¿Qué tal estás tú?

Grant la miró sonriendo. Muchas horas de confesiones compartidas por las que parecía que no había pasado el tiempo.

—Bien... como siempre...

Bronwyn Evans lo miró de reojo.

—Bien y como siempre son dos cosas diferentes.

Grant le sonrió con cariño mientras se encogía de hombros. Muy lejos había quedado la época de excesos en la que había conocido a Bronwyn y que lo habían llevado a su etapa más oscura en todos los sentidos. Llevaba bastante tiempo en calma, demasiado tranquilo, demasiado acomodado en una rutina predecible y, a veces, incluso aburrida. Pero no aspiraba a más, ni quería más.

—Ya queda poco para el gran día —le comentó mirando a su alrededor—. Espero que Dexter sepa lo afortunado que es.

—Lo sabe —le confirmó con dulzura—. Y me lo repite todos los días. ¿Has hecho suficientes fotos?

Grant se giró buscando con la mirada a la mujer del lago. No la vio. Asintió.

—Puedo venir en cualquier momento —asintió—. El lago no va a moverse.

Bronwyn le cogió del brazo para empezar a andar.

—Por lo menos esta vez has venido con más tiempo que cuando viniste para tu exposición —le dijo con una sonrisa.

Grant asintió.

—Me he tomado unos días.

—¿El ermitaño Grant Correll ha decidido salir de su cueva?

Grant sonrió divertido.

—Nueva York no podría considerarse una cueva.

Bronwyn le sonrió con cariño.

—Tu sala de revelado es una cueva de la que nunca sales, me da igual que esté en Nueva York, Los Ángeles, o Vancouver.

—Exageras un poco.

—¿Tú crees?

—Te recuerdo que a ti la soledad también te gustaba.

Bronwyn se encogió de hombros.

—Supongo que por eso siempre nos llevamos bien.

Grant asintió dándole la razón.

—Y vas a cambiarla por crear tu propia familia.

—Yo tampoco lo hubiera imaginado nunca, pero ya ves —le sonrió con los ojos brillantes—. El destino parece que tiene reservadas sorpresas inesperadas.

—Pues espero que no para mí.

Bronwyn sonrió a su amigo.

—¿Sabes algo de tu padre?

Grant la miró de reojo.

—No... ¿por qué iba a saber nada?

Bronwyn se encogió de hombros.

—Hay veces que los padres toman decisiones que los hijos no comprendemos hasta que los oímos explicarse. Mírame a mí.

—Tú no le guardabas rencor a tu madre.

—Cariño tampoco.

Grant hizo una mueca.

—Porque no la conociste. Yo conozco a mi padre, y tengo claro que no quiero saber nada de él.

—Pero ese rencor te está impidiendo crear tu propia familia.

—¿A mí? —sonrió irónico—. ¿Quién quiere una familia?

—Yo tampoco sabía que la quería hasta que llegué aquí.

—Bueno, eso no creo que sea contagioso —le respondió.

Bronwyn se encogió de hombros.

—No.... No lo creo.... Pero nunca se sabe.

—Créeme, yo lo sé —le sonrió arrogante.

—Bueno, vamos a buscar a Dexter, y te presentaré a su familia.

Grant hizo una mueca como si hubiera recibido un golpe en el estómago.

—Pero ¿qué habíamos dicho sobre las familias?

—Hemos quedado en que no es contagioso —le sonrió Bronwyn—. No tiene por qué pasar nada...

Los dos amigos se fueron caminando entre sonrisas y comentarios sobre su día a día.



Valerie paseaba distraída por la calle principal de Edentown. ¿Cuánto tiempo había pasado desde su último paseo por esas calles que la habían visto crecer? Parecía que nada había cambiado.

En ese momento vio salir de la pizzería a Peter Muldoon, uno de sus amores platónicos del instituto. Estaba empujando un carrito con un bebé de grandes ojos verdes y pelo oscuro.

En cuanto Peter la reconoció, le sonrió con esa atractiva sonrisa que nunca se había cansado de mirar. El tiempo tampoco parecía que hubiera pasado por él.

—¡Valerie Campbell! —exclamó alegre—. ¿Qué tal estás? ¿Cómo te va la vida? Dexter nos dijo que te habías tomado unos días libres para venir a su boda.

Valerie asintió desviando la mirada al guapísimo joven que se les acababa de acercar con una niña pequeña sobre sus hombros.

—¡Valerie! ¿Qué tal estás? —le preguntó sonriente Cameron Lawrence quitándose las gafas de sol—. Mira, Lizzy —le dijo a la preciosa niña que llevaba sobre sus hombros—. Valerie es la hermana de Dexter. ¡Vamos juntos al colegio.

La pequeña le sonrió mostrando los hoyuelos de sus mejillas y moviendo su manita a modo de saludo.

—Te hará ilusión la boda de tu hermano —le comentó Peter.

—Sí, claro —reconoció sorprendida de ver que el tiempo realmente había pasado por los dos mejores amigos de su hermano, y los había convertido en padres.

—¡Valerie! Te he visto desde el otro lado de la calle —le abrazó por sorpresa su guapa amiga Jane Muldoon—. No sabía que ibas a venir a la boda con tanta antelación.

Valerie la vio hacer carantoñas a su sobrino y a la pequeña de Cameron.

—Vente conmigo a la biblioteca y nos ponemos al día —le invitó la joven de cabello rubio y ojos azules mientras la cogía del brazo.

Valerie se despidió de los dos jóvenes y se dejó llevar por Jane.

—Creo que Dexter me había comentado algo sobre que tenían hijos, pero no me había hecho a la idea —le comentó.

Jane frunció la nariz por unos segundos.

—Parece que sea contagioso, pero no lo es —le dijo con un toque de amargura—. Shelby Payne también está embarazada, Lacey, también, Megan y Laurel tuvieron a sus bebés hace poco... no sé si las conoces...

Valerie se encogió de hombros.

—Ya me veo en unos años haciendo talleres de lectura para niños además de para las madres y las abuelas de esos niños —comentó con ironía—. Me tendré que conformar con eso... ¿Y tú? ¿Qué vida llevas? ¿Cómo te sientes salvando vidas a diario?

Valerie suspiró más ruidosamente de lo que pretendía mientras entraban por la puerta de la biblioteca donde Jane trabajaba.

—Qué mal ha sonado eso —le dijo Jane mirándola extrañada.

—Bueno, he tenido mucho trabajo últimamente... estoy un poco... quemada...

—Unos días por aquí seguro que te sientan bien —le sonrió—. Además, Dexter y Bronwyn son los primeros que se van a casar frente al lago.

—Algo me comentó mi madre —asintió con una sonrisa.

—Janice Templeton, ¿la recuerdas? Ha empezado a organizar bodas. Trae de cabeza al jefe de policía con los permisos y demás, pero yo creo que lo va a hacer bien. Que antes no se hicieran bodas frente al lago no significa que no se puedan hacer ahora, ¿no? Las cosas cambian.

Valerie asintió mirando a su amiga. Momentos antes de encontrarse con sus antiguos compañeros de instituto le había parecido justo lo contrario, que nada había cambiado.

—No recuerdo haberte visto nunca con los labios pintados de rojo —le comentó mientras la veía sacar unos libros de una caja.

—¿Ves? Los tiempos también cambian —le sonrió—. Me cansé de acatar las normas.

—¿Tú? Pero si siempre estabas recogiendo firmas para cambiar una cosa u otra.

Jane se encogió de hombros.

—Bueno, más bien me cansé de acatar mis normas, ideas tontas que se me habían metido en la cabeza —le resumió sin darle importancia—. Ahora vivo con un motorista guapísimo, me pinto los labios de rojo, y también le doy algún dolor de cabeza al alcalde y al jefe de policía. ¿Y tú? ¿Qué tal te va todo?

Valerie le sonrió pasando la mano por la portada de uno de los libros infantiles que había sacado de la caja.

—No sabría qué decirte... —le respondió sintiendo una inexplicable nostalgia—. Creo que necesitaba unas vacaciones.

—¿Has visto que portadas tan bonitas? —le preguntó Jane enseñándole un par de libros infantiles más—. Siempre creí que te dedicarías a esto.

—¿A qué? —le preguntó Valerie extrañada.

—A hacer ilustraciones infantiles —se encogió de hombros como si hubiera sido tan evidente.

—¿Por qué pensabas eso?

—Ganabas todos los concursos de dibujo del colegio —le comentó mostrándole otra portada—. A ver si tú no podrías hacer esto... incluso más bonito. Tenías mucha facilidad para dibujar cosas que parecía que tuvieran vida propia. ¿No te lo planteaste?

Valerie se encogió de hombros fijándose en las portadas.

—No lo recuerdo... Sé que mis padres se alegraron cuando decidí estudiar enfermería —le respondió—. No sé si ilustrar cuentos da mucho dinero.

Jane se encogió de hombros.

—Nora Reaves...

—¿La escritora?

—Sí —le confirmó—. Vive aquí... es la pareja de Cameron, acabas de verlo...

Valerie la miró sorprendida.

—No lo sabía. Dexter me comentó que se había divorciado y se había quedado con la custodia de la niña. No me dijo que tuviera pareja, ni que fuera Nora Reaves.

—Pues, sí... tendrán unos hijos muy guapos, si se deciden a tenerlos, porque ella tiene un hijo mayor —le dijo con una mueca—. Dexter y Bronwyn también tendrán unos hijos muy guapos... —suspiró—. Bueno, como te decía, Nora vive aquí, en la antigua casa de Erin McNamara. Supongo que ella te podrá comentar lo que quieras sobre el mundo editorial.

Valerie negó con la cabeza.

—Pero no... ¿Por qué? —le preguntó Valerie extrañada.

—Creí que querías saber cuánto se gana como ilustradora infantil... si no te gusta la enfermería...

Valerie la miró confundida. ¿Ella había dicho eso en algún momento?

—Bueno... supongo que podría hablar con ella...

—Con el montón de niños que hay ahora en Edentown me encantará tenerte aquí en algún taller de lectura...

—¿Ya me has puesto a escribir? —le sonrió Valerie—. Aún no he dibujado nada.

—Pues empieza, porque si has venido por unos días, puedes aprovecharlos.

Valerie se encogió de hombros, más confundida todavía. Nunca se había planteado en serio ilustrar libros infantiles. Claro que le gustaba dibujar, aunque hacía mucho tiempo que no cogía un lápiz.

Además, se le daba bien, pero ¿vivir de ello? ¿En serio? Se sorprendió de cómo su corazón parecía que empezaba a ilusionarse. Negó con la cabeza. No podía ser. Había estudiado muchos años para ser enfermera. Tenía trabajo como tal y le pagaban bien. ¿Cómo iba a tirar por tierra tanto esfuerzo y años de su vida?

Se despidió de su amiga y fue paseando hasta el taller de coches y la gasolinera adjunta, propiedad de su hermano. Recordaba cuando su madre los acercaba alguna vez después de salir del cole para saludar a su padre.

El olor fuerte de la gasolina o del humo de los coches que se estaban reparando, o de lo que fuera que utilizaran allí le hacía fruncir la nariz como cuando era niña.

Dexter siempre disfrutaba en aquellas visitas. Por eso, no le sorprendió que lo dejara todo por seguir los pasos de su padre cuando él falleció.

Su hermano la recibió con una sonrisa de oreja a oreja nada más verla. Dejó el coche sobre el que estaba inclinado y se acercó manteniendo las distancias para no mancharla con la grasa que llevaba en sus manos.

—¿Te has perdido?

—No. Solo salí a recordar viejos tiempos —le respondió sonriente—. He visto a Peter y a Cameron con sus hijos, y he estado hablando con Jane.

Dexter asintió con una sonrisa.

—Todos hemos cambiado.

—Un poco, sí —reconoció mirando a su alrededor—, aunque esto sigue igual que lo recordaba.

—Lo voy manteniendo y cambiando cosas aquí y allá, pero me gusta pensar que la esencia es la misma —le respondió su hermano, orgulloso—. Enseguida vendrá Bronwyn con un amigo... si nos esperas vamos juntos a tomar algo.

—Gracias, pero mejor lo dejamos para otro día —decidió Valerie—. Lo cierto es que quiero llegar a casa cuando antes.

Dexter asintió con su habitual sonrisa.

Valerie lo miró con orgullo de hermana. Incluso él había cambiado. Lo veía más responsable, más maduro y ya no andaba detrás de cuanta mujer guapa le apareciera por delante. Era bonito verlo tan enamorado de su futura esposa.

Valerie suspiró. Realmente, el tiempo había hecho de las suyas. Todo el mundo parecía feliz, y allí estaba ella, triste, frustrada y totalmente confundida.



Cuando llegó a casa, vio a su madre sentada en el jardín frente a un caballete, intentando pintar con óleo las pequeñas rosas rojas que tenía en un jarrón de cristal sobre la mesa. Tenía el ceño fruncido y parecía muy concentrada.

Se le acercó sonriendo.

—Te queda muy bonito.

Adrienne levantó la vista al escucharla.

—Es para la exposición de final de curso que ha organizado Peter —le explicó—. No sé cómo hace para que parezca que pintar es algo sencillo —se encogió de hombros—. A mí no me lo parece. Es como tú.

Valerie se sentó en la silla que tenía a su lado.

—¿El qué es como yo?

—Peter —le respondió—. Tú hacías igual. Cogías tus pinturas y en un momento dibujabas un perro que parecía que iba a salir corriendo del papel. Tu padre y yo no nos explicábamos de dónde había salido tu talento. A Dexter y a Jenny les sudaban las manos si tenían que pintar algo, pero tú, en un momento, dabas vida a todo lo que dibujabas.

Valerie la miró sorprendida.

—Yo no recuerdo eso —le confesó—. Hace un momento Jane Muldoon también me ha dicho algo parecido.

—¿De verdad que no lo recuerdas? —se limpió las manos con el trapo que tenía sobre sus rodillas—. En el fondo de tu armario aún tienes tus lápices, las acuarelas y algunos de tus dibujos.

Valerie no quiso ir a por ellos. Se fijó en los detalles del cuadro que pintaba su madre y sus vivos colores.

—Quizá deberías dar un poco más de color oscuro a las sombras.

Adrienne miró su cuadro comparándolo con la imagen que trataba de copiar y negó con la cabeza.

—¿Lo dices en serio? Yo creía que le había dado mucha sombra...

Valerie negó con la cabeza y una sonrisa.

—Aún puedes dar más.

Adrienne obedeció.

—Pintar me relaja, aunque no lo parezca—le confesó—. Estos días tú también podrías aprovechar para pintar un poco.

—Yo no pinto óleo.

—Ya te he dicho donde tienes tus pinturas.

Valerie asintió. ¿Qué pretendía su madre? ¿Que se pusiera a dibujar como cuando tenía once años? Eran dibujos infantiles los que solía pintar. Nada serio, nada extraordinario. No recordaba que le relajara, ni siquiera que pintara con alguna intención. Solo cogía sus pinturas y se olvidaba del mundo. Suspiró. Quizá era eso lo que tenía que hacer, pensó.

Subió a su dormitorio. Abrió el armario y se arrodilló para sacar la vieja caja metálica que había al fondo. Se sorprendió nada más abrirla. Folios con perros, gatos y pájaros de colores, de expresivos ojos grandes, y vibrantes colores. Su madre tenía razón. Parecía que fueran a salir corriendo de la página. Debajo estaban los blocs de dibujo, y sus viejos estuches de acuarelas, pinceles y lápices.

Poco después, bajó con la caja y se sentó en el mismo sitio que antes, donde su madre estaba empezando a recoger el maletín de óleo.

—No recordaba estos dibujos —le confesó.

—Lo guardaste todo en cuanto empezaste el instituto —le explicó su madre.

—Supongo que tendría que estudiar.

—Siempre fuiste muy responsable.

Valerie asintió pensativa. Siempre se había sentido así. No recordaba haber cometido ninguna locura, ni se había dejado llevar por impulsos. Aunque tampoco lo había echado en falta.

—Mamá, ya estamos aquí —oyeron a Dexter entrar en casa.

—Vienen a comer —le explicó Adrienne a su hija—. Creo que hoy llegaba un amigo de Bronwyn.

Valerie dejó a un lado sus dibujos y materiales y siguió a su madre al interior de la casa. Siempre había admirado la determinación de la pareja de su hermano de dejarlo todo y empezar un viaje que «casualmente» la había llevado hasta Edentown. Claro que no tenía nada que perder, pensó. Pero a ella le había costado muchísimo conseguir todo lo que tenía en su vida, como para dejarlo por lo que suponía que era una crisis temporal, se justificó.

Después de que su madre abrazara a los recién llegados, ella saludó cariñosa a Bronwyn, y se quedó parada al ver al hombre que los acompañaba. Era un poco más alto que su hermano y se veía muy atractivo con los vaqueros desgastados y una camisa remangada de color verde oscuro. Guapo, ojos verdes, cabello castaño y barba de unos días... ¿El amigo de Bronwyn era modelo? ¿Y su hermano estaba tan tranquilo?

—Mi hermana Valerie, Grant Correll —le presentó Dexter mientras le tendía una cerveza a él, que inmediatamente agradeció.

Los dos jóvenes se saludaron educadamente.

Grant la miraba satisfecho. Ojos verdes. Había tenido razón en su suposición. Y realmente parecían tristes, como la actitud con la que la había fotografiado. No esperaba conocer a la joven que había visto pasear por el lago. De cerca era aún más bonita de lo que le había parecido.

—Podemos comer en el jardín —propuso Adrienne entrando a la cocina.

—No, que Valerie nunca quita la mesa.

Valerie se sonrojó ante la afirmación burlona de su hermano y que hacía referencia a sus años de adolescente.

—Ahora no tengo que estudiar —le hizo una mueca.

—¿Seguro que no? —le preguntó divertido pasándole un brazo sobre los hombros—. Valerie es enfermera en Nueva York —le explicó al invitado—. Grant es fotógrafo.

Valerie le miró extrañada. ¿Fotógrafo? ¿Por qué? Al otro lado de la cámara no estaría nada mal. Se fijó en que llevaba colgando al cuello la funda negra de una cámara de fotos de tamaño considerable. Ni se había fijado en ello antes.

—Eh, hacía tiempo que no veía estos dibujos —exclamó Dexter desde el jardín después de haber llevado los platos para poner la mesa.

Valerie lo siguió con los cubiertos y una fuente con la ensalada, seguida de Grant y Bronwyn que llevaban los vasos y otra fuente de comida.

—Creí que habías dicho que era enfermera —comentó Grant mirándolos por encima de su hombro.

—Lo soy —asintió Valerie tratando de recoger los bocetos y dibujos en la caja.

—¿Por qué? ¿Tanto te gusta? —le preguntó Grant.

—¿El qué?

—Ser enfermera —le respondió mientras le devolvía el dibujo que había cogido para

observarlo con más detalle.

—Salvar vidas no está mal —le respondió ligeramente malhumorada porque pretendiera opinar sobre su vida.

—Alegrarlas con tus dibujos tampoco —le comentó distraído sin reparar en que ella se le había quedado mirando, sorprendida.

Valerie lo siguió a la mesa mientras Adrienne aparecía con la última fuente de la comida.

—No es lo mismo —insistió Valerie siguiendo a Grant hasta el sitio que iba a ocupar.

—No tiene por qué serlo —le contestó Grant mientras se sentaba donde Dexter le señalaba—. Supongo que lo importante es que te guste.

Valerie le miró con el ceño fruncido. ¿Acaso llevaba escrito en la cara que estaba agobiada por su trabajo?

—Valerie, ¿nos acompañarás mañana a la última prueba del vestido? —le preguntó Bronwyn con una sonrisa.

—Oh, —le sorprendió la propuesta—. Sí, claro, me encantaría.

—Además, tendrás que mirarte algo para ti —le comentó Adrienne distraída.

Valerie asintió. No sabía a qué esperaba para comprarse el vestido para la boda. Miró a Grant. Probablemente le quedaría tan bien el traje de etiqueta como los vaqueros que llevaba. Y no lucía alianza en el dedo, se fijó, para recriminarse por ello inmediatamente.

La comida transcurrió tranquila, hablando de todo un poco y de nada en particular. Valerie se sorprendió mirando al amigo de Bronwyn más de una vez, por más que se obligara a no hacerlo. Se reprendió por ello, pero no le sirvió de nada. Sus ojos volvían a él una y otra vez, lo que hizo que acabara enfadada con ella misma.



Esa noche, Valerie decidió acostarse temprano, pero no conseguía quedarse dormida. Estaba dando vueltas en la cama, empezando a ponerse de mal humor. Suponía que los intempestivos horarios del trabajo le estaban pasando factura. Bajó al salón donde su madre estaba viendo una película en el televisor.

—¿No puedes dormir?

—No —le respondió con una mueca.

—Hace buena noche, sal a que te dé el aire, o ve al Shamrock —le sugirió recomendándole el pub irlandés donde podía tomar algo mientras escuchaba música.

—Hace tanto que no salgo...

—Pues te vendrá bien.

Valerie miró la hora del reloj. No era muy tarde. Asintió. No solía salir sola a tomar algo, ni siquiera le gustaba, pero aceptó la sugerencia de su madre. Subió a su dormitorio y cogió los vaqueros y una camiseta de entre la ropa que había acumulado sobre una silla. No necesitaba arreglarse más, pensó.

La temperatura de la noche era agradable y, caminando sin prisa, llegó hasta el pub irlandés de Edentown.

Como esperaba, y siendo que el verano y las vacaciones estivales estaban a punto de comenzar, había bastantes personas disfrutando del acogedor y distendido ambiente del lugar. Suelos y paredes de madera, techos altos, un par de mesas de billar cerca de las dianas para jugar

a los dardos, y mesas no muy grandes de madera y forja en torno a las cuales se reunían los amigos. El pequeño escenario donde a veces había música en vivo estaba vacío.

Valerie sonrió al ver tras la barra al menor de los cuatro hermanos O'Brien. Alto, musculoso, atractivo, como todos los O'Brien, y con los ojos claros y el pelo rojo, herencia de los antepasados irlandeses. Aún podía recordar el enfado de Jenny cuando se enteró de que Dexter les había prohibido acercarse a ellas en su papel de hermano protector.

Sabía que se habían ido a estudiar fuera, pero no se había enterado de que alguno hubiera vuelto y estuviera regentando el pub.

Se acercó a la barra ampliando su sonrisa. El joven también la miraba sonriendo. Se había fijado en ella desde que la había visto entrar.

—Valerie Campbell —le saludó con sus ojos verdes, brillantes.

—Vaya, Jimmy, recuerdas mi nombre —le respondió sorprendida y coqueta sentándose en uno de los altos taburetes.

—Todavía recuerdo la amenaza de tu hermano si alguno de nosotros nos atrevíamos a mirarnos a tu hermana o a ti.

Valerie hizo una mueca divertida.

—No creo que todavía esté en vigor —le contestó.

—Bueno es saberlo —le guiñó el ojo, atractivo—. ¿Qué quieres beber?

—Una cerveza.

Jimmy asintió alejándose a por ella.

—Vaya, eso ha sido un coqueteo en toda regla —comentó alguien a su lado.

Valerie se fijó en el hombre sentado justo en la banqueta más próxima. ¿Grant? Se sonrojó. Quizá sí que había sido muy evidente su inocente flirteo con Jimmy, pero ¿qué más daba? Se conocían desde niños y las posibilidades de que surgiera algo entre ellos eran remotas.

—No te había visto —se vio obligada a responder.

Grant la miró de reojo. Él la había visto nada más abrir la puerta. Se había fijado en el ligero escote de su camiseta negra, lo bien que le sentaban los vaqueros ceñidos, y en cómo le había cambiado el rostro al ver al hombre pelirrojo que en ese momento le estaba sirviendo la cerveza que había pedido.

—¿Buscando compañía? —le preguntó directo antes de dar un trago a su cerveza.

Valerie le miró extrañada.

—¿A qué te refieres?

Grant la miró fijamente antes de dirigir su mirada al hombre tras la barra, que se alejaba para atender a otro cliente.

—Jimmy es un viejo amigo —le respondió más seria de lo que quería—. Solo he salido a dar una vuelta. No podía dormir.

Grant asintió.

—Te vi esta mañana en el lago —le comentó Grant dando otro trago a su cerveza—. Parecías pensativa, como si te estuvieras planteando la vida.

Valerie le sonrió educada mientras se enfadaba en su interior. ¿A él que le importaba? Había salido de casa para distraerse, no para pensar en sus quebraderos de cabeza.

—¿Quién no lo hace de vez en cuando? —le respondió ligeramente molesta.

—Te has enfadado —la acusó Grant.

—No —le mintió Valerie—. Además, ¿a ti qué te importa?

Él se encogió de hombros.

—Solo ha sido un comentario.

Valerie le dio la espalda y fue hacia una mesa solitaria. Grant la siguió autoinvitándose.

—No pretendía ofenderte —le dijo cuando la alcanzó—. Da la impresión de que te tomas la vida demasiado en serio.

Valerie lo miró asombrada. ¿Por qué la acompañaba? Ella quería estar sola. O, bueno, no quería estar sola. Pero había salido a distraerse, y mirar a Jimmy O'Brien era más agradable que escuchar al sabelotodo amigo de Bronwyn, por muy atractivo que fuera.

—¿Qué te hace pensar eso?

Grant se sentó y le señaló una silla para que se sentara frente a él.

Valerie se vio tentada a dejarlo solo, pero supuso que a Bronwyn no le gustaría que fuera tan desagradable con él.

—¿Sonríes alguna vez? —insistió Grant sabiendo que la estaba enfadando.

—¿Acabas de conocerme y ya te crees que lo sabes todo sobre mí? —le preguntó molesta.

Grant se encogió de hombros. No le importaba el tono desairado con el que le hablaba. Probablemente fuera lo que necesitaba. Desahogarse.

—No, pero ya que valoras más el trabajo de enfermería que el que hacen otros con su talento, lo doy por hecho.

—Yo no valoro más mi trabajo que el tuyo —le dijo con rapidez—, pero desde luego no hemos estudiado lo mismo.

—¿Ves cómo lo valoras más?

—¿Quieres discutir conmigo? —le preguntó seria.

—¿Quieres que lo hagamos?

Valerie se sonrojó. ¿A qué se refería?

—¿Qué hagamos el qué?

Grant le miró con una sonrisa burlona.

—Discutir... o lo que tú quieras.

Valerie lo miró confundida.

—No, gracias —le respondió.

Grant asintió.

—¿Qué te quita el sueño?

—¿A mí? Nada.

—Tú misma has dicho que no podías dormir —le respondió él dando un trago a su cerveza.

Valerie lo miró seria.

—Supongo que solo necesito distraerme.

—¡Valerie Campbell! —exclamó un joven alto de cabello castaño y muy corto y ojos del mismo color, acercándose a ellos—. ¿Vas a quedarte hasta la boda de tu hermano? La vida te ha tratado bien —la miró con descaro de arriba abajo ignorando a Grant, intencionadamente.

—Sí, Chris, aquí estoy —respondió incómoda a Chris Bertie, su antiguo compañero de instituto.

—Me alegro mucho de verte —le sonrió—. Si te sientes sola estos días o quieres jugar a las enfermeras con alguien, llámame —le dijo riéndose de su propia ocurrencia.

Valerie lo vio alejarse con una sonrisa fingida en sus labios.

—Dexter no advirtió a ese de que no se te acercara ¿no? —preguntó Grant con ironía.

Valerie le miró, negando con la cabeza.

—Chris nunca se hubiera fijado en mí, no soy su tipo, y no creo que yo lo haya mirado ni una

sola vez como posible pareja.

—No es tu tipo.

—Ciertamente, no.

—¿Cómo es tu tipo? —le preguntó como si de verdad le importara la respuesta.

Valerie le miró detenidamente. Se encogió de hombros.

—Nunca me han interesado mucho los hombres —reconoció—. Me centraba en los estudios y en poco más.

—¿En dibujar?

—No —recordó—. Solo en estudiar. Me costaba bastante, la verdad. Así que me alejé de distracciones.

—¿Y ahora?

—Ahora, ¿qué?

—¿Qué buscas?

Valerie lo miró extrañada. Parecía que le importara conocer la respuesta.

—Nada.

Grant sonrió. Chris Bertie volvió a acercarse a ella con una sonrisa burlona en el rostro.

—Valerie, vamos a jugar al billar —le propuso tendiéndole el taco de billar que llevaba en la mano.

Valerie dejó de mirar a Grant para mirarlo a él.

—No sé jugar —le respondió educada.

—Así será más divertido.

Valerie le miró extrañada, mientras Grant miraba al joven con visible indiferencia.

—¿Más divertido? ¿Para quién? —preguntó Valerie confundida.

—Puedo enseñarte —le dijo mirándola de arriba abajo, otra vez.

Grant dio un trago a su cerveza, divertido con el desafortunado flirteo del antiguo compañero de instituto.

—Muchas gracias, Chris, pero no sé si quiero aprender —le respondió correcta.

—Vamos, te divertirás —le aseguró—. La noche es joven y nunca es tarde para probar algo nuevo —volvió a mirarla seductor.

Valerie sintió un soplo de aire fresco en su interior. Quizá se trataba de probar cosas nuevas. Realmente le apetecía hacerlo. Miró a Grant. Prefería jugar al billar con él. Grant le mantuvo la mirada. Valerie volvió a mirar a Chris.

—Yo...

Grant se levantó de la silla y le cogió el taco.

—¿Hay algo en juego?

Chris lo miró serio.

—¿Qué propones?

Grant le mantuvo la mirada.

Chris miró de refilón a Valerie. No quería jugar con él. Quería jugar con ella. Cierta tensión se palpaba en el ambiente. Valerie los observó. Parecía una pelea de gallos. Se miraban a los ojos desafiantes, sujetando el mismo taco sin que ninguno pareciera estar dispuesto a soltarlo.

Chris soltó el taco, reconociendo a Grant como rival.

Grant le hizo un gesto a Valerie para que fuera con ellos. Valerie aceptó la sutil invitación, incómoda por la rivalidad masculina que le había parecido percibir entre ellos. Siguió a los dos jóvenes junto al amigo de Chris que lo estaba esperando.

—Valerie, no sé si recuerdas a Paul Riley, del instituto.

Valerie asintió saludando con una sonrisa al joven de gafas graduadas y cabello rubio. Apenas lo recordaba como otro de los amigos de Dan Sullivan, la afamada estrella de beisbol, por lo que la falta de interés entre ellos, por entonces, habría sido mutua.

—Grant Correll—se presentó él tendiéndole la mano.

Paul, indiferente, aceptó el saludo mientras Chris le daba un taco a Valerie.

—Mira, Valerie —le explicó señalándole las bolas perfectamente colocadas en forma triangular y acercándose demasiado a ella—. Se trata de meter las bolas en las troneras, que son esos agujeros.

Grant, con actitud prepotente se situó junto a Valerie sin tocarla, mirando desafiante a Chris.

—¿Empiezas? —le preguntó manteniéndole la mirada.

Él apretó los labios, molesto por su actitud, se separó de Valerie y dio el primer golpe a las bolas.

Valerie miró de refilón a Grant. ¿Qué era eso? ¿Una competición entre ellos?

Grant aplicó tiza a su taco mientras veía cómo Chris enviaba al agujero una bola rayada. Valerie trataba de fijarse en cómo debía incorporarse sobre la mesa, cómo coger el taco, cómo golpear la bola.

—Se trata de que te diviertas —le susurró Grant yendo hacia ella—, y aunque pueda resultar muy sensual que te apoyes sobre la mesa y yo me incorpore sobre ti para enseñarte a golpear la bola, no lo sacaremos de contexto —le hizo apoyarse sobre la mesa para golpear la bola con una media sonrisa—... si tú no quieres.

Valerie sintió que su cuerpo temblaba como respuesta a la vez que notaba que sus músculos se tensaban. ¿Estaba coqueteando con ella?

Obedeció a Grant y disparó fallando totalmente el tiro. Muy a su pesar, no era tan fácil como le había parecido. Grant la miró divertido quitándole importancia. Chris parecía que estaba de mal humor y se terminó la cerveza de un trago para pedir otra ronda para todos, acto seguido.

El juego se intercaló con miradas cálidas y sugerentes por parte de Grant, con intencionados y discretos roces, con frías cervezas e incómodo silencio.

La partida parecía estar muy igualada para sorpresa de Valerie. Ella no era capaz de meter ninguna bola en las troneras, pero Grant las golpeaba con precisión y seguridad.

Chris llevó otra cerveza a Valerie mientras Grant golpeaba una de las bolas.

—Luego te puedo acompañar a casa —le sugirió con una sonrisa.

Valerie, más animada por las cervezas que por su resultado en el juego, negó con una sonrisa.

—No voy a perderme —le respondió relajada sin prestarle mayor atención.

—La última bola, Chris —carraspeó Paul buscando su atención.

Chris miró a Paul y luego a Grant que estaba estudiando la posición en la que debía golpear la bola.

—¡Valerie! —exclamó Jane acercándose a ella seguida por un hombre de edad similar, alto, delgado y vestido de negro—. No esperaba verte por aquí.

Valerie sonrió a su amiga mientras le mostraba su taco.

—Estoy intentando jugar —le explicó divertida—. Pero no es lo mío.

Se giraron al oír a Chris lanzar un exabrupto segundos después de que Grant golpear la bola.

—Qué mal perder tiene siempre este chico —comentó Jane viéndolo pasar por su lado sin despedirse, seguido de Paul—. Venga, juguemos otra —les propuso sonriendo a Grant que estaba dando un trago a una cerveza.

Valerie miró a Grant ligeramente orgullosa.

—Hemos ganado.

—¿Lo dudabas?

Valerie le sonrió, extrañamente satisfecha, mientras Jane le daba un taco a su atractiva pareja.

—Jared, mi amiga Valerie del instituto, es hermana de Dexter. Él es Grant Correll, el fotógrafo.

El hombre moreno asintió con una sonrisa que acentuaba su espectacular aspecto físico. Valerie le devolvió la sonrisa. ¿Dónde había encontrado Jane a un hombre así? Hacían muy buena pareja. Grant le tendió la mano.

Valerie notó la diferencia de actitud ante la nueva pareja con la que se disponían a pasar un buen rato, frente a la aparente rivalidad con Chris y Paul. Nunca se hubiera imaginado jugando al billar, de noche y entre semana, así que se dejó llevar por la nueva experiencia.

Grant estaba resultando un buen compañero de juego, y, sobre todo, muy paciente, porque a ella se le daba realmente mal golpear la bola.

—¿Has pensado lo que te dije? —le preguntó Jane poco después mientras Jared metía dos bolas lisas en una de las troneras en el mismo tiro.

—¿El qué? —le preguntó distraída mirando el juego.

—Lo de hablar con Nora Reaves y dedicarte a hacer ilustraciones.

—Pues encontré mis pinturas juntos a viejos dibujos —le respondió Valerie con una sonrisa relajada—. Pero soy enfermera.

Jane se encogió de hombros.

—Bueno, es decisión tuya —le sonrió Jane—. Si eres feliz...

Jane frotó tiza en su taco mientras Valerie la miraba pensativa. Pues claro que no era feliz. Miró a Grant que estaba junto a Jared. Les sorprendió verlos tan diferentes y a la vez tan atractivos. Estaban tranquilos, relajados, parecían felices. Jane, golpeando la bola, parecía feliz. Jimmy desde la barra, sonreía a otra pareja que le devolvía la sonrisa. También parecía feliz. A grandes rasgos, los que estaban en el Shamrock parecían relajados y felices, pero, a fin de cuentas, era un pub, por la noche... era razonablemente lógico que la gente fuera feliz, pero ¿por qué ella no se sentía así?, se preguntó.

Una partida llevó a la siguiente, una cerveza a la otra, sonrisas, comentarios ingeniosos... Jane y Jared se acercaban el uno al otro cada vez más, cómplices, cariñosos, provocando cierta envidia en Valerie. Inconscientemente ella buscaba a Grant y Grant la correspondía con sus miradas, sus sonrisas, sus roces. Se sentía cómoda con él, allí, en ese momento. Además, cada vez le parecía más atractivo, no sabía si por las cervezas tomadas, o por las horas de la noche que se iban sucediendo.

Como si fueran dos parejas de viejos amigos salieron del pub después de unas cuantas partidas. Grant y Valerie se miraron cuando Jane y Jared se alejaron juntos de la mano. La brisa nocturna soplaba suave.

—Lo he pasado bien —reconoció Valerie empezando a andar.

Grant asintió acompañándola. Él tampoco esperaba pasarlo así. Los dos se quedaron en un silencio ligeramente incómodo.

—¿Qué...

—¿Has...

Los dos se miraron y se rieron por hablar a la vez.

—Dime —le preguntó Grant caminando a su lado.

—Te preguntaba que si habías tomado unas vacaciones para venir a la boda de Bronwyn.
Grant se encogió de hombros.

—Soy mi propio jefe —le resumió—. Aunque ahora vivo en Nueva York, he cambiado bastante de lugar de residencia según los encargos que tenía o las cosas que me apetecía hacer. Estar aquí quince días no me supone un cambio de planes.

Valerie lo miró con el ceño fruncido.

—¿No piensas sentar cabeza en ningún lugar?

Grant sonrió.

—¿Quién ha dicho que no la tengo sentada?

—Un lugar, un horario, estabilidad...

—Tengo estabilidad sin horario establecido por nadie más que por mí, y cualquier lugar es bueno para estar...

—¿No quieres crear una familia?

—¿Por qué iba a querer? Estoy bien así.

Valerie le miró de refilón.

—Un alma libre...

—No es tan romántico —le sonrió Grant—. Más bien, hago lo que quiero cuando quiero.

A Valerie le pareció notar un ligero atisbo de soledad en sus palabras, o así interpretó ella el silencio que provino después.

—Yo voy por aquí —le dijo antes de desviarse de la calle principal.

Grant asintió siguiéndola.

—¿Me vas a acompañar a casa? No creo que me pase nada.

—Será la costumbre de acompañar a la mujer hasta la puerta... o de evitar que la noche acabe.

Valerie lo miró a los ojos. Ella también se lo había pasado muy bien esa noche, sin esperarlo.

—No voy a invitarte a un café —le comentó risueña.

Grant se llevó la mano al pecho como si le hubiera golpeado.

—Vaya, tendré que desayunar solo en una triste habitación de hotel.

Valerie se echó a reír.

—El Eden's Star no tiene habitaciones tristes —mencionó el hotel de Edentown.

Grant sonrió divertido.

—Tú la alegrarías más.

Valerie se sonrojó ante el inesperado cumplido. Sabía que era una manera de hablar y una posibilidad después de una noche divertida como la que habían pasado. Una posibilidad que ella no estaba dispuesta a aprovechar.

Llegaron hasta la puerta de su casa y se sonrieron.

—Supongo que mañana nos veremos —le comentó Valerie.

Grant asintió. Era casi seguro que fueran a encontrarse con mucha frecuencia esos días. Se lo había pasado mejor de lo que esperaba, así que con una sonrisa dirigió sus pasos hacia el hotel. Le hubiera gustado un beso de buenas noches, pero intuyó que no tardaría en llegar.



Grant estaba tomando el segundo café del día en la cocina de la casa donde Bronwyn y Dexter vivían. Había ido a buscarla para acudir juntos a la prueba final del vestido. Dexter bajó las escaleras refunfuñando.

—¿Qué te pasa? —le preguntó Bronwyn extrañada.

—Valerie llegó anoche tarde a casa.

Grant lo miró enarcando las cejas, sorprendido por la declaración.

—¿Y qué tiene de malo? —le preguntó Bronwyn ofreciéndole una taza de café.

—¿Dónde estuvo? ¿Con quién? Valerie está en un momento un poco complicado. No quiero que nadie se aproveche de ella.

—Bueno... tu hermana es una mujer adulta —opinó Grant dándose por aludido.

Grant apretó los labios manteniéndole la mirada.

—Eso lo dices porque no tienes hermanas —le respondió Dexter con el ceño fruncido—. Voy a pasarme por casa a hablar con ella.

—Nadie va a hacerle nada en Edentown —le recordó Bronwyn— y a lo mejor lo que necesita es distraerse y pasarlo bien.

Dexter la miró ceñudo.

—Que se lea un libro o mejor aún, que se ponga a pintar, que es lo que debería estar haciendo... no me gusta verla así.

—Yo no la veo mal —le dijo Bronwyn con cariño.

—Podría estar mejor —respondió Dexter dando por zanjada la discusión.

Bronwyn y Grant lo vieron salir por la puerta.

—El típico hermano protector —le explicó Bronwyn—. ¿Te puedes creer que cuando iban al instituto no dejaba que ningún chico se acercara a sus hermanas?

Grant asintió. Ya lo había oído la noche anterior. Se quedó pensativo. Él nunca había sido muy protector con su hermana. Más bien, nada. Se había ido de casa tan joven que apenas la había visto crecer, y casi no la veía desde entonces. Alguna vez, hasta su muerte, había llamado a su madre, pero desde entonces, no había vuelto a casa, ni había contactado con ella ni con su padre. De eso hacía ya diez años.

—¿Estás pensando en tu familia?

Grant la miró sin decirle nada. Todavía sentía una pequeña punzada de algo parecido al dolor en su interior cada vez que escuchaba ese término. Familia. La que él no tenía. La que jamás se había preocupado por él.

—Cuando quieras, nos vamos —le dijo serio.

—Grant... algún día tendrás que hacerle frente...

Grant frunció el ceño. Cualquier día no sería en ese preciso momento. Además, no estaba seguro de querer que las cosas cambiaran. Estaba satisfecho con su vida. No quería nada más ni lo buscaba. Vivir era suficiente y bastante.



Valerie y Adrienne fueron a la tienda de vestidos de boda. Janice Templeton, antigua compañera del colegio, las recibió con una sonrisa cariñosa. Lucía impecable con su repeinado cabello castaño del mismo color de sus ojos, su mandíbula firme y sus labios finos. Estaba ligeramente maquillada, y se veía muy eficiente y profesional.

El recibidor de la tienda era luminoso y amplio, en tonos crudos y con bonitas flores blancas decorando los discretos jarrones que se veían sobre la recepción y sobre una mesita pequeña. En cualquier detalle se podía sentir la emoción que suponía elegir un vestido de novia.

Bordeando la pared se podían ver largos percheros con bonitos vestidos en diferentes tonos de blanco, con tules, encajes, brillos y pedrerías.

—Pasad, Bronwyn aún no ha llegado, pero no creo que tarde en hacerlo —les sonrió.

—¿Me puedes enseñar a mí algún vestido? —le preguntó Valerie mirando a su alrededor, buscando con la mirada vestidos que no fueran blancos.

—Sí, claro —le respondió—. Ven por aquí.

Madre e hija la siguieron hasta la parte trasera de la pared que apoyaba la recepción donde había un perchero con una bonita colección de vestidos para invitadas de todos los colores.

Enseguida llegó Bronwyn acompañada de Grant y de su madre. Mildred O'Toole sonreía visiblemente emocionada. Ni en sus mejores sueños habría imaginado nunca que llegaría el día en el que acompañaría a su hija a probarse vestidos de novia.

Adrienne y Valerie los recibieron con una sonrisa mientras Janice las conducía hasta una coqueta salita para probarse el vestido que había elegido con anterioridad. Grant y Valerie compartieron una fugaz mirada y sonrisa cómplice.

Grant sacó su máquina de fotos y empezó a fotografiar pequeños detalles: sonrisas de la novia al mirar otros vestidos, miradas de Mildred llenas de amor por su hija, bordados y tules en las vaporosas telas.

Valerie lo observaba con atención. Conocía ligeramente su trabajo, por lo que había visto en internet, por curiosidad, y realmente tenía que reconocer que era bueno. Sus fotos capturaban emociones. Parecía muy concentrado en lo que hacía, y exhibía una relajada sonrisa que reforzaba, sin pretenderlo, su atractivo.

Después de un momento de expectación Bronwyn, ligeramente temblorosa, salió con uno con escote en forma de corazón, salpicado sutilmente de pedrería y que se ceñía a su silueta. Todas las acompañantes se emocionaron al verla. Sin duda, era perfecto para ella. Grant immortalizó el emotivo momento.

Valerie miraba a su futura cuñada con cierta envidia. Ahí estaba la mujer con la que su hermano había soñado siempre. La mujer con la que no había dudado pasar por el altar. La mujer con la que quería pasar el resto de su vida. Y ella parecía que también adoraba a su hermano. Lo seguía mirando a escondidas cuando creía que nadie la miraba y se reía de sus comentarios, aunque no tuvieran ninguna gracia. Pero también envidiaba cómo había sido capaz de cambiar de vida radicalmente y no solo asentarse en Edentown, sino incluso de abrir un negocio allí.

Ella nunca se había planteado volver para quedarse. Era enfermera, tenía su trabajo en la ciudad... sin embargo la gente allí parecía feliz y la felicidad era algo que no sentía en su día a día.

—¿Quiénes van a ser tus damas de honor? —le preguntó Janice a Bronwyn haciendo que todos la miraran.

Bronwyn se ruborizó. Nunca había tenido amigas tan íntimas como para otorgarles ese lugar en su boda.

—No... yo... mi madre me acompañará al altar, pero no había pensado en damas de honor.

—Oh... pensé que como Dexter llevaría seguro a Peter y Cameron, tú... bueno, no pasa nada... la boda será igualmente preciosa...

Valerie la miró insegura y se le acercó apoyando la mano en su brazo.

—Puede que no tengas hermanas, pero vas a tener dos cuñadas. Si tú quieres, aviso a Jenny y somos tus damas de honor.

Bronwyn la miró insegura. Miró a su madre que le sonreía, y a Adrienne que también parecía esperar su respuesta. Oyó el sonido de la cámara de Grant. Con su percepción para capturar emociones, sin duda habría podido reflejar lo sorprendida y agradecida que se sentía en ese momento. De sentirse totalmente sola, a formar parte de una familia... Bronwyn asintió visiblemente emocionada. Valerie la abrazó mientras Janice aplaudía.

—Va a ser una boda perfecta —auguró complacida ante el primer evento de esas características que iba a organizar.

Valerie aprovechó a que Bronwyn se cambiaba de vestido para avisar a su hermana por teléfono, que, aunque sorprendida, se mostró de acuerdo con la decisión tomada.

—¿Llevas idea de algún color para el vestido? —le preguntó Janice cuando colgó el teléfono.

—Pues no —respondió Valerie—. ¿No debería escogerlo Bronwyn?

—Escógelo tú —le contestó Bronwyn acercándose vestida con su ropa normal—. Además de que tienes ese gesto, no voy a decirte cómo vestir.

Valerie sonrió, agradecida.

—A la orilla del lago —comenzó a hablar Janice—. Un vestido vaporoso, quizá corte imperio para que os favorezca a tu hermana y a ti sin quitarle protagonismo a la novia... con alguna cinta bajo el pecho, flores en el pelo... te voy a mostrar un par...

Valerie siguió a Janice al probador. Sin esperarlo, había delegado el dilema de escoger el vestido que llevar en la boda, a la decisión final de la novia con un vestido de dama de honor, algo que le parecía tremendamente cómodo.

Se probó la primera opción de Janice, un vestido en tonos naranjas con finos tirantes y una sonrisa se dibujó en su rostro cuando salió a mostrarlo a las mujeres que la esperaban.

Grant la observaba tras el objetivo. No solía hacer fotos de boda, pero le estaba sorprendiendo la cantidad de emociones que se reflejaban en los rostros de esas mujeres. El orgullo de la madre de la novia, la templanza en la madre del novio, la ilusión y la esperanza que tan pocas veces había visto en la mirada de su amiga, y una sutil nostalgia en Valerie que le recordó a la primera vez que la había visto en el lago.

Valerie salió emocionada con su segunda opción, un vaporoso vestido con escote corazón en color fucsia. Se sentía preciosa, vibrante. Janice le ofreció una corona de flores en tonos blancos y fucsias a juego con el vestido que hizo asentir al unísono a todas.

Grant apreció el gesto con una sonrisa. Todas ellas parecían sentir lo mismo, haberse puesto de acuerdo, a la vez, sin palabras. Fotografió sonrisas, cariño, confianza, familiaridad, ternura...

—Ahora solo tiene que gustarle a Jenny —comentó Valerie sacando su móvil para hacerse una foto y enviársela a su hermana.

Antes de quitarse el vestido recibió la confirmación de su hermana, y satisfecha con la elección, se cambió de ropa.

Creía que iba a sentir cierta envidia, e incluso celos de Bronwyn al verla vestida de novia, pero le sorprendió haberse querido quedar en un segundo plano. Bronwyn era la importante ese día. Quizá, algún día ella también tuviera esa oportunidad. Suspiró.

—Vamos a tomar algo a la pastelería de Carolyn —les sugirió Mildred nada más salir.

—Espero que no os moleste, pero creo que he tenido suficiente azúcar por hoy —les respondió Grant deseando encerrarse en la habitación del hotel y revelar las fotografías que acababa de hacer.

Bronwyn lo intuyó. Ya lo conocía, y asintió con un gesto de cabeza. Valerie lo vio alejarse. Parecía que estaba escapando no sabía de qué, y tampoco le había parecido real la excusa que había dado.

—Va a revelar las fotos que ha hecho —le comentó Bronwyn a su lado.

Valerie asintió fingiendo indiferencia, pero lo cierto era que le producía mucha curiosidad saber más de él.



Por la noche, Valerie volvió al Shamrock, con la ligera esperanza de volver a encontrarse con Grant. Adrienne se había sorprendido, pues sabía que no era partidaria de salir por las noches, pero no le había hecho ninguna pregunta.

Cuando entró, volvió a ver a Jimmy tras la barra, junto con Aidan, el mayor de los hermanos O'Brien. Sonrió al verlo. Jenny había estado muy enamorada de él durante su adolescencia. De hecho, no recordaba ningún otro hombre en serio en la vida amorosa de su hermana que no fuera Aidan.

Como siempre, Dexter lo había espantado antes de que pasaran de las miradas compartidas y, en cuanto Jenny empezó la universidad había empezado a salir con chicos que, supuso, le habían ayudado a olvidarlo.

Aidan le saludó con su atractiva sonrisa. Era el más formal de los cuatro hermanos, con su gesto más serio y firme, y, como todos, tenía el cabello rojizo y los ojos verdes.

Valerie se acercó a la barra y buscó con la mirada a Grant, que la miraba desde la misma mesa que habían compartido la noche anterior. Pidió una cerveza y fue directa hacia él.

—¿No podías dormir? —le preguntó Grant, satisfecho porque había acertado en que volvería a encontrarla allí esa noche.

Valerie se encogió de hombros mientras se sentaba frente a él.

—Sí —le mintió, ocultando su interés en verlo—. ¿Qué tal el resto del día?

Grant le sonrió orgulloso. Había revelado sus fotografías y no podía evitar sentirse encantado con ellas. Parecía que acababa de encontrar la inspiración que últimamente le faltaba. Podría achacarlo al amor que había visto reflejado en las imágenes de la prueba del vestido, pero incluso las fotos del lago le habían transmitido eso mismo.

—He estado revelando las fotos en la habitación del hotel.

—¿Puedo ir a verlas?

Valerie se sonrojó inmediatamente. Le dio la impresión de que se había autoinvitado a su dormitorio, y por la mirada que él le estaba manteniendo, él parecía haber pensado lo mismo.

—No suelo enseñar a nadie mi trabajo, a no ser que sea en las exposiciones —le explicó—. Desecho muchas fotos... pero tú puedes verlas cuando quieras.

—Qué honor —le sonrió dando un trago a su cerveza para refrescar el calor que acababa de sentir—. Muchas gracias... Eh... ¿siempre supiste que querías ser fotógrafo?

Grant se encogió de hombros. No le gustaba hablar sobre él, ni recordar el momento en el que se había ido de casa con lo puesto y un poco de dinero en su bolsillo, para dedicarse a lo que realmente le gustaba.

—¿Tú siempre supiste que querías ser enfermera?

Valerie percibió su incomodidad y el giro en la conversación, pero aceptó darle su espacio.

Quizá esa imagen de chico solitario que tenía correspondía a su realidad.

—No —le respondió—. Lo decidí en el instituto, después de ver un documental sobre Florence Nightingale.

—¿Florence Nightingale? ¿La dama de la lámpara? Buen referente —reconoció—. No me extraña que nos mires a los demás por encima de tu hombro.

—Yo no hago eso —se defendió—. El otro día estaba muy sensible. Acababa de volver a Edentown... recuerdos de la niñez, sueños no cumplidos... ya sabes...

—No —le contestó él—. No lo sé.

—Me refiero a que cuando somos niños tenemos unos sueños y cuando crecemos nos damos cuenta de que los hemos aparcado en un rincón y nuestra vida no es lo que queríamos que fuera. ¿O no te ha pasado a ti?

Grant negó con la cabeza.

—No —le respondió—. Yo lo tenía claro.

Grant no le quiso contar el precio que había tenido que pagar para ello. La soledad, la tristeza, la falta de apoyo o de respeto de su padre, los primeros meses malviviendo de albergue en albergue, los trabajos que había ido aceptando para empezar a formarse como fotógrafo. El camino había sido largo y duro hasta lograr cierto prestigio que le había permitido empezar a llevar la vida cómoda de la que gozaba en ese momento.

—Pues yo no —se justificó Valerie.

—¿Y ahora lo tienes claro?

Valerie le miró confundida.

—Soy enfermera.

Grant sonrió con cinismo antes de dar un trago a su cerveza.

—¿Qué? —le preguntó molesta.

No le había gustado su mirada prepotente.

—No he dicho nada —se justificó él, divertido.

Valerie pensó en levantarse y dejarlo solo. No le gustaba que le hiciera sentir como si fuera tonta.

Grant se fijó en su mirada encendida.

—¿Conoces a Van Gogh, Picasso o Margaret Keane?

—Claro que sí —le respondió molesta.

—¿Y qué tienen de malo?

—¿Por qué van a tener algo malo?

Grant se encogió de hombros.

—Tú sabrás —le contestó—. Elegiste parecerme a Florence Nightingale y no a ellos.

—Yo no pinto.

—Porque no quieres.

—Porque... porque... Eso no da de comer —se justificó—. Y yo no pinto óleo. Solo se me daba bien hacer dibujos infantiles, nada más. Hay mucha gente que pinta bien y no viven de ello.

Grant dio otro trago a su cerveza.

—¿Y te imaginas cuánta gente hay por el mundo haciendo fotos?

Valerie lo miró con los ojos entrecerrados. ¿Qué estaba tratando de decirle? ¿Que dejara su trabajo con lo que le había costado conseguir todo lo que tenía?

—¿Y?

—Yo no pensé en que quería ser fotógrafo, ya lo era, ya hacía fotos —le confesó—. Decidí

que quería ser Grant Correll, un fotógrafo reconocido y muy bien pagado.

Valerie lo escuchaba atenta.

—Tú querías ser Florence Nightingale ¿notas la diferencia?

—No, no quería ser ella. Solo me sentí inspirada.

—¿Por qué?

—Por su compromiso, su vocación, su entrega a lo que realmente le gustaba...

—¿Y eso mismo no lo podía conseguir Valerie Campbell? —la interrumpió.

Valerie lo miró seria. Sí, decidió irónica, soñar era muy bonito.

—No es tan fácil.

—¿Alguien ha dicho que sea fácil? Supongo que ser enfermera también te costó.

—No es lo mismo —insistió Valerie—. Sabes que cuando acabas de estudiar entras a trabajar en un hospital más tarde o más temprano, y recibes un sueldo por ello.

—Es cómodo —le reconoció Grant—. No te lo voy a negar. Por lo menos al principio, pero tú sabrás si te compensa.

—Prefiero tener eso a no saber si cobraré a final de mes, si podré pagar el alquiler de mi piso o si podré comer.

—No me pareció que fueras tan mala pintando ¿Cuántos cursos has hecho de perfeccionamiento?

—¿De ilustraciones? Ninguno.

Grant sonrió.

—Cuando me fui de casa de mis padres para ser Grant Correll, el fotógrafo, estuve malviviendo en cualquier sitio, aceptando todos los trabajos que podía para pagarme todos los cursos que encontraba sobre fotografía —le confesó—. No fue fácil... A veces solo tenía para comer un bocadillo, y el curso que estaba haciendo me había costado el sueldo de tres meses, pero sabía que era parte del camino.

Valerie lo miraba seria. No parecía que hubiera pasado por esos momentos.

—No lo sabe casi nadie —le comentó—. Incluso dormí un par de veces en el parque porque cuando llegué al albergue al que solía ir, mi cama estaba ocupada. Pero eso ya pasó y ahora estoy donde quiero.

—No todos tenemos esa... valentía—se justificó Valerie notando como su corazón y su cabeza habían empezado un debate en su interior.

—No sé si es cuestión de valentía —le comentó Grant—, o como has dicho antes, de vocación, compromiso o entrega, que era lo que admirabas de Florence Nightingale. Quizá solo se trata de determinación, de tener las ideas más o menos claras e ir a por ello.

—Puede que a mí me falte tener las ideas claras...

—Explora, investiga... Tienes unos días ¿no?

—¿A mi edad voy a cambiar de profesión?

Grant se echó a reír.

—¿Qué le pasa a tu edad? Tienes toda la vida por delante...

—No tanto.

—¿Lo dices en serio?

—Me costó mucho sacarme los estudios y conseguir el puesto que tengo.

—¿Y qué? Te ha dado de comer este tiempo, pues vale —se encogió de hombros—. No te digo que dejes tu trabajo ahora, pero podrías probar a formarte como ilustradora en tus horas libres.

—No tengo tantas horas libres.

—Vocación, compromiso, entrega... —le recordó guiñándole un ojo.

—Desde fuera se ve todo muy fácil.

—Te recuerdo que he estado dentro.

—No es tan sencillo...

Grant la observó dispuesto a escuchar sus excusas. No era algo que estuviera acostumbrado a hacer. Siempre lo consideraba una pérdida de tiempo, pero se sentía a gusto con Valerie. Le gustaban sus cambios de humor, incluso sus inseguridades.

Valerie escuchó por segundos el debate entre su corazón y su cabeza.

—Supongo que no pierdo nada por preguntarle a Nora Reaves por este tema, o por investigar un poco en las redes sobre el mundo de la ilustración...

Grant asintió satisfecho. Valerie lo miró con el ceño fruncido.

—¿Te vas a otorgar el mérito?

Grant levantó la mano en señal de rendición.

—Es una decisión personal —le respondió—. Además, el que te informes o hagas algún curso al respecto, no te asegura que dejes de intentar ser Florence Nightingale. Si quieres ser Valerie Campbell, la ilustradora, tendrás que esforzarte mucho y dedicarle muchas horas.

—¿Pero no habías dicho que lo podría compaginar?

—Valerie, es tu vida —le recordó—. Yo te he contado cómo me fue a mí. No creo que tú tengas que dormir en la calle o en los albergues más baratos de cualquier ciudad. Tu familia te apoyará seguro... luego te darás cuenta de que no es necesario tanto para vivir.

—¿A ti no te apoyó tu familia?

Grant le mantuvo la mirada, serio. No le gustaba hablar de eso con nadie. Bronwyn conocía su historia como consecuencia de alguna borrachera ocasional compartida.

—No —reconoció con un sabor amargo en la boca—. Mi padre quería que siguiera con el negocio familiar, un desguace de coches... No tengo nada en contra de ello, pero quería ser, ya lo sabes, el fotógrafo. Después de otra de las muchas discusiones que solíamos tener, llegó a las manos y me echó de casa. Me fui con lo puesto. Mi madre me alcanzó en la verja, me dio algo de dinero y, bueno, alguna vez la llamaba... Supongo que mi éxito es debido a la determinación y a que no me permití otro resultado que no fuera lograrlo.

Valerie lo escuchaba en silencio.

—¿Cuántos años tenías?

—Acababa de cumplir dieciocho. No era buen estudiante y la única opción que veía era trabajar en el desguace. Ya lo estaba haciendo los fines de semana, desde que recuerdo... y tenía claro que no quería eso para el resto de mi vida.

—¿Y tu padre? ¿No se arrepintió?

Grant se encogió de hombros.

—No he vuelto a hablar con él —le confesó antes de dar un trago a su cerveza—. En el entierro de mi madre estuve al final...

—Bueno, te avisó de que había fallecido, eso...

—Me llamó mi hermana —respondió tenso.

—¿Tienes una hermana?

Grant asintió incómodo, molesto consigo mismo.

—No la veo desde entonces.

Valerie le sostuvo la mirada.

—No me imagino la vida sin Dexter. ¿Qué culpa tenía tu hermana en todo eso?

Grant se encogió de hombros.

—Era más pequeña... no estábamos tan unidos...

Valerie lo miró seria. Parecía ser el turno de Grant para poner excusas.

—No me siento orgulloso de ello, pero fue hace tiempo.

—¿Te recuerdo yo ahora que tienes toda tu vida por delante?

—No es lo mismo.

—Claro que no. Yo no le voy a romper el corazón a nadie. Tú se lo rompiste a tu hermana.

—No exageres.

Valerie le miró acusadora. Podría haber discutido con Dexter en muchas ocasiones, y con Jenny en muchísimas más, pero eran sus hermanos, y ese vínculo los uniría para siempre.

Un silencio incómodo les rodeó. La tensión entre ellos era casi palpable.

—¿Quieres tomar otra? —le preguntó Grant.

—No —respondió más seria de lo que pretendía—. Lo cierto es que no creo que pueda tragar nada ahora.

—No sé por qué te he contado nada —se arrepintió Grant, levantándose y dejando dinero sobre la mesa para pagar las consumiciones—. Puedes ahorrarte tus juicios sobre mi vida. Todo tiene un precio. Yo pagué el mío. Sigue con tu vida salvando al mundo mientras te ahogas en él. Supongo que no tendrás problema para volver a tu casa.

Grant se fue dejándola sola. Valerie, sorprendida, lo vio salir por la puerta. No le estaba juzgando, solo estaba tratando de ponerse en su lugar, o en el de su hermana, o intentando comprender el dolor del joven al que echan de casa y tiene el orgullo suficiente para no volver a lamer sus heridas.

Grant encaminó sus pasos hacia el hotel, recriminándose lo compartido con Valerie. ¿Por qué lo había hecho? ¿Cómo podía habérselo contado cuando apenas la conocía y no había nada entre ellos? Apenas aguantaba que Bronwyn le preguntara por su padre como para que ahora lo supiera alguien más que le hiciera sentirse un orgulloso desagradecido. Con mantenerse alejado de ella se solucionaba, decidió. No iba a sentirse culpable por haber salido adelante solo, porque tampoco había sido así.

Había necesitado el afecto de su madre, aunque hubiera sido a través de esporádicas llamadas telefónicas, la hospitalidad de otras personas en el albergue, la paciencia y confianza de algunos profesores que le habían permitido fraccionar los pagos a algunos de los cursos que había hecho... Agradecía y reconocía todas y cada una de las ayudas recibidas a lo largo de su vida, pero los golpes que le había dado su padre todavía dolían, por lo menos en el alma.

Paseaba por la calle principal con paso firme cuando divisó el lago que daba nombre al lugar en el que estaban. Se fijó en la calma que transmitía, su serenidad, su quietud. Cambió el rumbo y fue hacia él atravesando la explanada de hierba que lo rodeaba, eludiendo el camino que con discretas farolas de luz naranja, invitaban a seguir.

La luna se reflejaba en sus aguas cristalinas. Algunas estrellas también. No quería pensar en nada, pero parecía que no podía evitar hacerlo. Volvía a sentirse como en las solitarias y amargas noches cuando no tenía lugar donde ir o refugiarse. Quince años después de irse de casa, seguía igual. Sin un hogar donde curar sus heridas. Había evitado esos sentimientos cada vez que amenazaban con salir. Siempre buscaba un nuevo reto, un nuevo objetivo que lo llevara a fotografiar nuevos sentimientos, colores, formas.

Supuso que era lo que debía hacer. En cuanto acabara de inmortalizar la boda de Bronwyn, se

iría a... viajaría a... Resopló molesto consigo mismo. No era capaz de pensar en nada.



A la mañana siguiente, Valerie dirigió sus pasos hacia la biblioteca. Había estado dando vueltas a todo durante la noche. Aún le parecía absurdo pensar en dejar su trabajo, pero realmente no perdía nada por preguntar a Nora Reaves o explorar un poco el tema de la ilustración infantil.

Jane la recibió con su franca sonrisa y sus labios pintados de rojo.

—¡Valerie! Me alegro de verte por aquí —la saludo.

—Hola, Jane —le sonrió Valerie—. Me comentaste que Nora Reaves vivía en el pueblo y que quizá pudiera hablar con ella sobre lo de ilustrar libros.

Jane asintió cogiendo su teléfono móvil y buscando su número de teléfono.

—¿Quieres que le pregunte si te puedes pasar ahora a verla? O ¿que si directamente te puedo dar su número?

—Lo que ella prefiera —le respondió sintiendo que su corazón latía más fuerte—. No es que me lo esté planteando en serio...

—Pues deberías —opinó Jane—. Siempre se te ha dado bien dibujar.

Valerie agradeció el cumplido con una sonrisa. Nunca había dado importancia a sus dibujos y le sorprendía que los demás lo hubieran hecho.

—Me pregunta si puedes estar en la pastelería de Carolyn en diez minutos.

Valerie asintió ilusionada. No era una asidua a la literatura romántica, pero Nora Reaves era una escritora bastante reconocida. Hablar con ella ya sería todo un orgullo, pensó. Escogió varios libros ilustrados para analizarlos con calma en su casa. Se despidió de Jane agradeciéndole el contacto y fue hacia la pastelería con nerviosismo.

El debate entre su cabeza recriminándole la pérdida de tiempo y la locura que era dejar su trabajo como enfermera, y su esperanzado corazón, lleno de ilusiones, comenzó. Pero esta vez, el corazón parecía haberse multiplicado exponencialmente en tamaño. Mientras dirigía sus pasos hacia el lugar de la cita, sentía que conducía su vida hacia un nuevo destino y era el corazón, enorme y henchido de felicidad, el que cogía las riendas.

Sacudió la cabeza ligeramente antes de entrar en la pastelería. Olía, como siempre, de maravilla, a mantequilla, azúcar, magdalenas recién hechas... El olor y la cálida decoración garantizaban de antemano un momento agradable. Había unas cuantas personas conocidas sentadas a las diferentes mesas, a las que saludó con un gesto.

Carolyn Winter, la joven propietaria, la atendió tras el mostrador. Habían coincidido en pocas ocasiones, pero se conocían ligeramente. Además, Carolyn parecía tener el don de recordar los nombres de cada uno de los habitantes de Edentown.

—Hola, Valerie, ¿qué puedo servirte?

Carolyn miró su apetecible mostrador. Cupcakes, pastelitos de manzana, galletas de diferentes sabores, porciones de tartas... Todo le parecía exquisito.

—Es tan difícil escoger... —le comentó con una sonrisa.

—Yo pensé lo mismo la primera vez que entré —comentó a su espalda una joven rubia con el pelo a la altura de los hombros—. Pero decidí empezar por una esquina e ir probando cada día una cosa.

Valerie se giró para mirarla boquiabierta. Nora Reaves. Parecía más joven que en las fotos, más menuda, más normal. No sabía por qué la había imaginado más voluptuosa, más engreída, más altanera, pero ahí estaba, como ella. Con unos pantalones cortos y una camisa floreada de tirantes. Pensó que de haber sido como ella se la imaginaba, Cameron, el amigo de su hermano, jamás se hubiera fijado en ella.

—Soy Valerie —se presentó con una sonrisa—. Has quedado conmigo.

Nora asintió con una sonrisa.

—Tienes los mismos ojos que tu hermano —le sonrió ella—. Era fácil reconocerte. ¿Ya te has decidido? A mí me toca probar las galletas de avena y chocolate —las señaló en el mostrador—, pero no podría recomendarte nada especialmente... Me gusta todo.

Valerie asintió escogiendo el primer cupcake del mostrador, uno de avellana con frosting de chocolate blanco. Se imaginó las dudas que debieron tener Bronwyn y Dexter para escoger su tarta de bodas.

Después de pedir dos infusiones para acompañar los dulces, las dos jóvenes se sentaron en una de las mesas que acababa de quedarse libre.

—Cuéntame —le pidió Nora como si la conociera de toda la vida—. Me ha dicho Jane que te interesaba la ilustración infantil.

—Bueno —se excusó—, no es que... yo... —se obligó a centrar sus ideas—. Soy enfermera y no sé... Siempre se me había dado bien dibujar... Tampoco sé por qué me estoy planteando esto, la verdad... Pero Jane me comentó que me podrías hablar acerca del mundo editorial, o de los libros infantiles... que no los escribo, pero...

Empezó a sentirse como si fuera una impostora. ¿Qué hacía una enfermera intentando entrar en el mundo de la ilustración?

Nora asintió.

—Si quieres, te puedo dar el teléfono de mi editor. Tiene amigos que trabajan en editoriales infantiles y siempre se agradecen los nuevos talentos. La literatura infantil vende mucho. Los niños siempre están ávidos de nuevos conocimientos y, ¿qué no haríamos los padres por los hijos? Hay muchos libros que ilustrar, por supuesto. ¿Tendrás competencia? Supongo que como en muchos trabajos, pero ¿quién sabe? Podría ficharte una editorial y trabajar para ella... incluso con el tiempo ofrecerles tus propios cuentos.

Valerie parpadeó sorprendida.

—Haces que parezca fácil.

—No, no lo es —le confesó Nora—, pero tampoco es imposible. Supongo que es una mezcla de talento, determinación y contactos.

Determinación. Le hizo recordar a Grant y lo molesto que se había sentido la noche anterior. No estaba segura de que le debiera una disculpa. No había sido su intención ofenderle, pero había repasado la conversación durante la noche, incluso entre sueños, y no creía que hubiera podido decirle las cosas de otra manera.

—Doy por hecho que talento tienes, y los contactos te los puedo pasar yo, así que el resto depende de ti.

Valerie miró a Nora que había seguido hablando mientras ella divagaba pensando en Grant. Asintió ligeramente confusa.

—Te lo agradezco —le comentó—. Hace mucho que no dibujo, pero estos días aprovecharé para retomar las pinturas... y quizá pruebe suerte. Si aclaro un poco mis ideas, contactaré con tu editor. Ahora no tendría nada que mostrar, pero todo es ponerse a dibujar.

—Claro, ¿por qué no? Nunca sabrás si podías haber llegado a algo si no lo intentas.

Valerie le dio la razón. Nora le grabó en el móvil el contacto de su editor y poco después cada una volvió hacia su casa.

Mientras pensaba en retomar los lápices, volvió a pensar en Grant. Le parecía mal llamar a su hermano o a Bronwyn para pedirle su teléfono, así que se encontró encaminando sus pasos hacia el hotel donde sabía que se alojaba.

Una mujer de mediana edad con cabello castaño y con ojos claros tras unas gafas con montura oscura, la saludó con una sonrisa agradable.

—Quería ver a Grant Correll, se aloja aquí —le explicó Valerie.

La mujer asintió.

—No estoy segura de que esté en la habitación —le comentó con amabilidad—, pero si me dice su nombre, avisaré al señor Correll de su presencia.

Grant murmuró unas palabras al escuchar el sonido del teléfono. Había convertido el cuarto de baño en una sala de revelado, y era donde estaba totalmente absorto.

No recordaba haber quedado con Bronwyn. Salió, y tras asegurarse que el baño seguía a oscuras, salió dispuesto a contestar el teléfono. ¿Valerie? ¿Qué quería? No tenía ganas de hablar con ella después de que la noche anterior le hubiera hecho sentir como un egoísta, egocéntrico y orgulloso. Él no era nada de eso... o quizá solo un poco... pero no se lo iba a reconocer. Podía aceptar que no había pensado en su hermana por entonces. Tampoco estaban tan unidos, se justificó. Pero llamarla sin motivo alguno un día cualquiera tampoco tenía su lógica.

Bajó molesto al hall del hotel. Valerie lo miró sorprendida. Parecía que no había dormido en toda la noche por sus ojeras, su cabello revuelto, su barba sin afeitar y su ceño fruncido. Aun así, le seguía pareciendo atractivo.

—¿Estás bien? —le preguntó en cuanto se le acercó.

—¿Por qué no iba a estarlo? —se defendió molesto al verla tan bonita y descansada.

—Disculpa —le respondió, ligeramente avergonzada—. No sé qué hago aquí.

Se dio media vuelta y se dirigió a la puerta. ¿Quién le había mandado ir? ¿Por qué había pensado que hablar con él era buena idea? Apenas se conocían. No había nada entre ellos.

Grant la siguió malhumorado. Ya había interrumpido su trabajo, así que no perdía nada porque le diera un poco el aire. La alcanzó en la puerta.

—Después de lo que me dijiste anoche, me invitarás a un café ¿no?

Valerie lo miró extrañada.

—¿Lo que yo te dije? —le preguntó molesta—. Tú me dejaste plantada en el Shamrock.

—No era una cita.

—No, claro que no —aceptó Valerie—. Pero no te dije nada para que me dejaras de esa manera.

—Yo podría opinar lo contrario —le respondió mientras caminaban juntos hacia la pastelería de Carolyn.

—¿Qué llevas ahí? —le preguntó Grant para cambiar de tema, mientras le cogía los libros que cargaba en el regazo—. ¿Por fin vas a explorar otras opciones en tu vida?

Valerie los miró conforme él los hojeaba.

—No... o sí... No lo sé. Solo los he cogido por ver qué clase de dibujos se hacen ahora. Hace mucho tiempo que no dibujo nada.

—Nunca es tarde...

Llegaron a la cafetería y Grant le sujetó la puerta para que entrara.

Se sentaron en una mesa para dos junto a la ventana, y Carolyn se les acercó con una sonrisa y la cafetera en la mano. Valerie le pidió una infusión mientras Grant aceptaba la taza de café, bien llena.

—¿Qué te ha hecho cambiar de opinión? —le preguntó Grant hojeando uno de los libros.

—No he cambiado de opinión —le señaló—. Solo... solo... he hablado con Nora Reaves... Supongo que no pierdo nada por intentarlo...

Grant la miró orgulloso.

—¿Cómo te sientes?

Valerie lo miró confundida. Se encogió de hombros.

—No he dicho que vaya a dejar la enfermería.

—Por supuesto que no —le respondió con ironía—. Pero ¿cómo te sientes abriéndote a la posibilidad de ilustrar un cuento para niños?

A Valerie se le escapó una sonrisa sin pretenderlo. De la misma manera, sintió que sus ojos empezaban a brillar.

—No sé... Supongo que parece real...

Grant le sonrió arrepintiéndose de no haber cogido su cámara de fotos para inmortalizar ese momento.

—Vaya... me siento feliz —murmuró Valerie—. Pero no como esa felicidad de «cuánto me alegro de que se case mi hermano», que también... Me siento feliz... sin más... desde dentro.

—De eso se trata, ¿no? —le preguntó Grant antes de dar un sorbo a su taza de café.

—¿El qué?

—La vida —se encogió de hombros con tranquilidad—. De ser feliz.

—¿Tú crees? Yo no creo que sea tan sencillo.

—Así te va... —le guiñó el ojo, burlón.

Valerie le hizo una mueca despectiva. No le gustaba que, algunas veces, fuera tan directo ni tan desagradable hablando. No era tan fácil ser feliz, se justificó. No iba a tirar por tierra todo el esfuerzo de tantos años para ser enfermera.

En silencio, hojearon juntos los libros, durante el resto de la mañana.



Dos mañanas después, cuando Valerie bajó a desayunar, Dexter estaba hablando con su madre entre murmullos que cesaron conforme entró en la cocina.

—¿Con quién sales? —le preguntó directamente.

—¡Dexter! ¿No habíamos quedado que tu hermana podía hacer lo que quisiera? —le preguntó Adrienne calentando el agua para la infusión de su hija.

—No —le respondió Dexter con el ceño fruncido—. Eso lo has dado tú por hecho. ¿Con quién sales?

Valerie ya había puesto los brazos en jarras para enfrentar a su hermano como cuando eran adolescentes.

—¿A ti qué te importa? —le respondió extrañada—. Ya soy mayorcita...

—¿Ves? —le preguntó a su madre—. Era cierto... Está saliendo con alguien...

—Pero ¿a ti qué más te da? —le preguntó Valerie molesta.

—Acabas de terminar con Stan. Te vendría mejor estar un tiempo a solas.

—¡Déjame en paz! No salgo con nadie y a ti no te importa...

Adrienne elevó los ojos al cielo. Otra vez como cuando eran adolescentes. Los dejó que discutieran durante unos momentos más.

—Ha llamado Jenny —les comentó cuando se cansó de escuchar sus ataques—. Cree que podrá venir un par de días antes de la boda.

Los dos hermanos sonrieron al escuchar a su madre.

—Ya era hora de que se tomara un descanso —comentó Dexter sonriendo.

—Dos días no son un descanso —apostilló Valerie.

—Menos es nada —le reprochó Dexter—. Por lo menos sale de ese bufete donde trabaja doce horas al día.

—Algunas tenemos que trabajar doce horas, aunque no te lo creas.

—Pues no deberíais, y más cuando el negocio no es vuestro —replicó volviendo a enfadarse—. Ya sois mayorcitas para defender vuestros derechos.

—¿Cómo salir con quién nos dé la gana?

—¿Ves? Habías dicho que no salías con nadie ¡Mamá!

—A mí no me metáis —les respondió Adrienne con una sonrisa—. Y no te echo de aquí, hijo, pero te recuerdo que el taller debería abrir para que trabajes tus doce horas...

—Siempre te pones de su parte —murmuró Dexter como siempre hacía cuando su madre no apoyaba su postura.

—¿Qué le pasa? —preguntó Valerie molesta cuando lo vio salir por la puerta.

Adrienne negó con la cabeza.

—Nada. Está igual que siempre.

—Ya somos mayores...

—Siempre serás su hermana pequeña —le respondió quitándole importancia—. ¿Es cierto lo que ha dicho? ¿Te ves con alguien por las noches?

Valerie resopló ruidosamente. Su madre siempre creía las palabras de Dexter.

—No... o sí, pero no hay nada —le contestó recordando su adolescencia—. Por favor... tomamos unas cervezas, hablamos y ya está.

—¿Alguien que conozcamos?

Valerie le mantuvo la mirada. No quería entrar en detalles. Realmente se sentía cómoda con Grant, más de lo que hubiera apostado al principio. No quedaban de propio, pero ambos parecían dar por hecho que se iban a ver en el Shamrock.

—Creo que hoy empezaré a hacer algún dibujo —le comentó Valerie abriendo la bolsa de galletas que había traído Dexter para desayunar—. ¿Por qué ha traído galletas de coco? Sabe que no me gusta el coco.

Valerie pasó la mañana analizando los libros infantiles que se había llevado prestados de la biblioteca, dibujando y perfeccionando matices antes de colorearlos. La mañana se le pasó muy rápida y a la hora de comer estaba satisfecha con su trabajo y muy relajada.



Grant sonrió a Bronwyn cuando se le acercó frente al lago donde estaba haciendo algunas fotos.

—No esperaba verte aquí —le comentó—. Me gusta ver que no pasas las horas en tu

habitación del hotel como siempre sueles hacer.

Grant le sonrió antes de mostrarle en la pantalla de la cámara de fotos, las fotos que había hecho. Bronwyn las miraba encantada.

—Has hecho fotos de las personas que están paseando... —miró a su alrededor—. Esta es Lizzy, la hija de Cameron. Está preciosa... Dios mío, Cameron y Nora se están mirando... enamorados... les van a encantar... Doris y Olga... qué sonrisas... Esto es amistad —murmuró fijándose en las dos amigas del grupo de pintura de su madre—, el anciano señor Thomas... Dime que vas a hacer otra exposición aquí con estas fotos. Quiero que la gente pueda ver estas fotos, pueda tenerlas incluso... Déjamelas a un precio razonable y se las venderé... o regalaré en Navidad...

—Estaba pensando en hacerlo —le sonrió.

—Son preciosas —le devolvió la cámara—. Te gusta Edentown.

—Parece un buen sitio para quedarse.

Bronwyn le miró sorprendida.

—No me mires así —se defendió—. Ya sabes cuánto me muevo, y no me importa trabajar en un sitio o en otro. Pensaba en ti. También has viajado mucho.

Bronwyn se relajó mostrando una sonrisa.

—Tenía otras razones para quedarme —aceptó—. No solo que el lago fuera único o que estuviera cansada de viajar.

—¿Qué fue antes? ¿Tu decisión de establecerte en un lugar o encontrar a tu madre y a Dexter?

Bronwyn se encogió de hombros.

—Supongo que cuando llega el momento, ocurre todo a la vez, ya sabes cómo sucedió... ¿te estás planteando quedarte?

Grant le sonrió atractivo.

—Digamos que me estoy planteando varias cosas...

Bronwyn le cogió por el brazo para pasear juntos.

—Iba a casa de Adrienne —le comentó—. ¿Podrías plantearte acompañarme?

Inevitablemente, Grant pensó en Valerie y asintió. No tenía nada mejor que hacer y quizá volviera a verla.



La víspera de la boda llegó con rapidez. Valerie se estaba terminando de maquillar cuando Jenny entró por la puerta con su bonita sonrisa y sus brillantes ojos verdes. Se parecía a sus hermanos, pero tenía el cabello mucho más oscuro y liso.

Jenny fue a abrazarla efusivamente.

—Has venido con el tiempo justo para ir a tomar algo con Bronwyn —le dijo—. Cámbiate de ropa y vamos.

—Acabo de llegar —le respondió sentándose en la cama—. ¿Qué tal estás?

—Bien —le contestó antes de pintarse los labios—. Dos semanas en Edentown pueden hacer milagros. Tú pareces más delgada y tienes ojeras ¿Descansas bien? ¿Hasta cuándo te quedas?

—El domingo vuelvo a Washington. La ley no descansa ni el fin de semana.

—Pero tú deberías —le aconsejó—. ¿Qué tal con Bob? ¿O era Cliff? ¿Cómo se llama tu...?

—Nada —le interrumpió levantándose—. Demasiado trabajo y no conseguíamos ajustar agendas...

Valerie miró a su hermana con los ojos entrecerrados.

—No me mires así. A ti tampoco te fue bien con Stan.

—Pero lo mío es diferente. Llevábamos juntos tres años.

—Bueno, pues yo evito eso —le aseguró—. Si desde el principio no funciona, se corta antes.

Valerie fue a replicar, pero Jenny se levantó decidida.

—No he visto a Dexter ¿está nervioso?

—Creo que hoy cenaba en la pizzería de Peter con sus amigos. Nosotras hemos quedado en el Shamrock. ¿Sabías que ahora lo llevan Jimmy y Aidan?

Jenny apretó los labios y asintió con la cabeza.

—No, no lo sabía... ¿Qué tal están? —aparentó indiferencia.

—Igual de guapos que siempre, y más atractivos que nunca —le sonrió—. Jimmy aún me recordó el otro día cómo Dexter les había prohibido en el instituto que salieran con nosotras. Apenas hablé con él.

—La verdad es que estoy cansada del viaje y mañana es la boda —se justificó—. No creo que salga... además aún no me he probado el vestido que elegisteis para la boda. Si lo dejo para mañana, mamá me echará la bronca si resulta que hay que arreglar algo. Y... tendremos que ir pronto a la peluquería ¿no? No creo que Mildred trabaje y solo estará Lacey...

—Como quieras —le respondió Valerie—. Ya te disculparé con Bronwyn.

Jenny asintió y salió del dormitorio con prisa.

Valerie la siguió para bajar a despedirse de su madre.



A la mañana siguiente, cuando Valerie bajó a desayunar, Jenny estaba sentada sobre las rodillas de su hermano comiéndose uno de los *cupcakes* de chocolate blanco que había traído.

—A ella le has traído *cupcakes* —le reprendió—, y, a mí, galletas de coco.

—Solo te las traje una vez y porque estaba enfadado contigo —se defendió mientras Adrienne miraba a sus hijos orgullosa.

Dexter y Jenny apuraron su taza de café mientras Valerie se sentaba frente a ellos.

—Ha llegado tu gran día —le dijo a Dexter—. Jamás pensé que te vería pasar por el altar con tantas novias como has tenido.

Dexter asintió.

—Bronwyn tardó en llegar —les sonrió—. No iba a dejarla escapar.

Llamaron a la puerta y Adrienne le tendió la infusión a Valerie antes de ir a abrir.

—¿Stan? No te esperábamos... pasa... ¡Valerie!

Los tres hermanos se miraron extrañados mientras Valerie se levantaba.

—Dile que tienes novio —le sugirió Dexter serio—. A fin de cuentas, te ves con alguien.

Jenny miró a ambos sorprendida.

—No es mi novio.

—¿Ves? Yo sabía que te veías con alguien. ¿Quién es?

—Dexter, por favor, cállate —le reprochó Valerie, dejándolos en la cocina.

Conforme se acercaba al salón, Valerie sintió que algo parecido a la indiferencia la invadía.

Vio a Adrienne hablando educadamente con su expareja, junto a la mesa del salón. Stan, alto y con su barba perfectamente cuidada, la miró con una sonrisa. Valerie tenía el pelo alborotado e iba con un pijama de tirantes y pantalón corto.

—Veo que sigues despertándote tarde.

—Estoy de vacaciones —se justificó cruzando los brazos.

—Te han sentado bien.

Adrienne los dejó a solas y volvió a la cocina con Dexter y Jenny que habían vuelto a servirse otro café.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó Valerie directa—. Hoy es la boda de Dexter. Tenemos hora en la peluquería.

—Pareces diferente —le comentó Stan ligeramente nervioso—. He pensado mucho en ti, en nosotros.

Valerie asintió. ¿Qué quería? ¿Qué volvieran a intentarlo? Después de la frialdad que había manifestado al romper la relación, después del tiempo que había pasado ella replanteándose su vida, después de haber conocido a Grant...

La ilusión que sentía cada noche por ir al Shamrock a verlo no la había sentido nunca por Stan y, pese a que no habían compartido siquiera un beso, sabía, sentía, que no quería volver a lo que había vivido antes. Cada día le gustaba más Grant. Le parecía más interesante, más atractivo, incluso más divertido... ¿Se había enamorado? Notó cómo se sonrojaba como respuesta y su corazón empezaba a latir más fuerte.

—Yo también he pensado en nuestra relación —le respondió sin querer suponer que la decisión que ambos habían tomado al respecto de una posible reconciliación había sido opuesta—. ¿Por eso has venido?

—No sabía cuándo ibas a volver, y como no me dijiste que ibas a venir...

—Sabías que Dexter se casaba.

—Sí, pero llevas aquí dos semanas ¿y tu trabajo? —le preguntó Stan, visiblemente confundido.

Valerie se encogió de hombros. No quería ni pensar en volver al hospital, aunque sabía que debería hacerlo próximamente, quizá con la determinación de hacer uno de los cursos de ilustración del que ya había pedido más información.

—Me tomé unos días.

—¿Podemos hablar?

—Lo estamos haciendo —le señaló Valerie inflexible.

—A solas.

—Estamos a solas.

—¿Podemos pasear por el lago?

—Tengo que ir a la peluquería, Stan —le respondió seria—. Tenías que haber llamado antes de venir hasta aquí.

—Quería verte —dio un paso hacia ella—. Fui un estúpido. No pensaba lo que te decía...

Valerie dio un paso hacia atrás mientras seguía con los brazos cruzados.

—Yo creo que sí que lo pensabas, incluso que lo llevabas pensando mucho tiempo —le respondió—. Nunca haces nada sin haberlo meditado previamente.

—Bueno, pues me equivoqué.

—No creo —le contestó Valerie con firmeza—. Yo creo que, simplemente, lo viste antes que yo. Nos habíamos acomodado, sin más.

—Pero las cosas también pueden ser diferentes —le animó Stan—. Podríamos salir más a menudo, hacer algo juntos...

Valerie negó con la cabeza.

—No vamos a forzar las cosas que no existen.

—Parece que lo tienes muy claro —le comentó Stan indeciso, metiéndose las manos en los bolsillos.

Valerie asintió.

—Quince días sin nada que hacer dan para pensar mucho.

Stan asintió con una mueca.

—Está bien... ¿no será una de tus rabietas? —notó cómo brillaban con rabia los ojos verdes de Valerie—. Voy a irme, pero te dejo la puerta abierta por si te lo piensas mejor y quieres volver conmigo. Podemos empezar de nuevo, puedo pasar a recogerte según tus turnos en el hospital...

Valerie negó con la cabeza.

—No estoy segura de querer volver a mi antigua vida, pero te agradezco que hayas venido, Stan. No te voy a negar que me afectó la ruptura, pero como te he dicho, tú te diste cuenta antes que yo de que lo nuestro no iba a funcionar y no creo que las cosas cambien.

Stan asintió con los labios fruncidos.

—De acuerdo... parece muy segura.... Pero, llámame si cambias de opinión.

Valerie asintió con una sonrisa amable mientras lo acompañaba hasta la puerta. Se sentía extrañamente bien, liberada. No sabía si porque esta vez la decisión había sido suya o porque acababa de reconocer que estaba enamorada de Grant, por mucho que se había empeñado en negárselo a ella misma.

Cuando volvió a la cocina, todos la miraron esperando una explicación.

—¿Qué pasa? —les preguntó incómoda.

—¿Lo has dejado ir? —le preguntó Jenny—. ¿Después de venir hasta aquí?

—Nadie le mandó venir —respondió Valerie empezando a enfadarse—. Que hubiera llamado antes.

—Ya te he dicho que se veía con alguien —añadió Dexter molesto—. ¿Quién es?

Adrienne elevó los ojos al cielo. Se acercaba otra discusión. Sabía que tenía que esperar a que todos se desahogaran sin posicionarse, y luego todo volvería a su cauce. Miró la hora en su reloj. Tenían tiempo suficiente para ir a la peluquería.

—¿A ti qué te importa quién es? —le respondió enfadada—. Ya soy mayorcita para hacer lo que me dé la gana. Y a ti, —miró a Jenny—. ¿Qué te importa si no quiero volver? Las cosas no funcionan y punto.

—¿Por qué no lo intentas otra vez? Ha venido hasta aquí. Eso solo lo hace alguien que te quiere... —le justificó Jenny.

—He dicho que no me da la gana —respondió enfadada—. Es mi vida y yo decido.

—Pero tú no estás sola, te ves con alguien, y no voy a consentir... —comenzó Dexter.

—¿Qué tú no vas a consentir? —Valerie notaba como el enfado había desatado su lengua—. Deja de meterte en nuestra vida amorosa. Por tu culpa Jenny sigue sola y pasando de relación en relación....

—Yo no paso de relación en... —se levantó de las rodillas de Dexter.

—Claro, porque directamente no las tienes —la atacó enfadada.

—Y yo —gesticuló Dexter— ¿por qué voy a tener la culpa? Jenny vive en Washington. A mí no me metas...

—¿Qué no te meta? ¿Quién te ha mandado a ti meterte en nuestras relaciones? Siempre has prohibido a los chicos salir con nosotras...

—Eso fue hace muchos años.

—Pero si me estás preguntando con quién salgo seguro que es para ir a hablar con él y prohibirle que me vea.

—No hay nada de malo en preocuparme por vosotras...

—¿Quién te manda preocuparte? ¿Te lo hemos pedido nosotras?

—Yo no paso de relación en relación... —insistió Jenny.

—Oh, vamos, te crees que así vas a olvidar a Aidan —le respondió Valerie—. Si ayer cuando te enteraste de que él estaría en el Shamrock no quisiste venir.

—¿Aidan O'Brien? —preguntó Dexter extrañado.

—Estaba cansada —se justificó Jenny totalmente ruborizada.

—Y un cuerno —le contestó Valerie con una mueca—. Estás acostumbrada a trabajar doce horas al día, y el viaje lo hiciste sentada y no con esos tacones tan altos que llevas. No quieres volver a verlo y estás todo el día trabajando porque Dexter...

—¿También me vas a echar la culpa de que Jenny trabaje tanto? —le preguntó Dexter levantándose furioso de la silla.

—Yo no trabajo tanto...

—Sí lo haces —le respondieron Valerie y Dexter a la vez.

Jenny salió furiosa de la cocina. Adrienne miró el reloj. Ya quedaba menos. Jenny era la primera que se rendía siempre. Había creído que con el tiempo aprendería a defender sus ideas y a manejarse con cierta asertividad, pero parecía ser que aún no lo había conseguido. Estaba claro después de enterarse de las horas que trabajaba, siempre a disposición de sus jefes. Oyeron el portazo en el piso superior.

Valerie y Dexter se mantuvieron la mirada fijamente.

—No me voy a disculpar por querer cuidar a mis hermanas —le dijo serio.

—Ya hemos crecido, Dexter.

Dexter salió por la puerta de la cocina dando un portazo. Adrienne suspiró. Supuso que aparecería a la hora de comer, puesto que pretendía vestirse allí para su boda.

Valerie se cruzó de brazos y miró a su madre.

—¿Qué?

Adrienne negó con la cabeza mientras hacía el gesto con una mano sobre su boca de cerrar una cremallera. Ya había aprendido a quedarse callada tras una discusión. Valerie subió furiosa al piso de arriba y dio un portazo al entrar en su habitación. Adrienne empezó a recoger la mesa. No deberían tardar en salir de casa para ir a la peluquería.



Grant estaba haciendo fotos frente al lago, junto al lugar donde se celebraría la ceremonia. El pequeño altar improvisado bajo una bonita pérgola de color blanco y una enredadera con diminutas flores fucsias y blancas, las sencillas sillas plegables del mismo color blanco que Janice estaba terminando de colocar, pequeños letreros de madera con los nombres de los novios... todo estaba preparado para recibir a la feliz pareja con la puesta de sol.

Vio a Dexter pasear por la orilla con el ceño fruncido y las manos en los bolsillos. Le extrañó

su gesto. Era el día de su boda. Debería sentirse el hombre más afortunado del mundo. Bronwyn era una gran mujer y parecía ser feliz allí. Fue hacia él.

Dexter se detuvo al ver el altar preparado. Era su gran día, se recordó. No debería estar enfadado, pero que Valerie le acusara de sobreprotegerlas no había sido justo. Él había pasado de mujer en mujer durante toda su vida hasta que había conocido a Bronwyn. Había sido sincero con todas, no había querido nada serio con ninguna, pero no quería que sus hermanas sufrieran como sabía que algunas lo hacían cuando no aceptaban que las relaciones fueran esporádicas, y muchas lo eran.

—¿Todo bien, Dexter?

Dexter se sorprendió al verlo. No se había fijado en él.

—¿Fotografiando el lugar de la boda?

Grant asintió.

—Nunca se sabe dónde va a aparecer esa foto que te conseguirá un premio....

Dexter asintió sin interés.

—Tienes una hermana, ¿no?

Grant asintió serio. No le gustaba hablar de ello.

—¿Cómo lo haces para estar tan tranquilo?

—La dejo vivir su vida —improvisó.

—Mis hermanas son un desastre —le explicó—. Jenny trabaja horas y más horas en las oficinas de un bufete de abogados y su vida amorosa es inexistente, y Valerie es una cabezota. No le gusta su trabajo, pero está empeñada en seguir en él y su último novio ha venido a buscarla y menos mal que le ha dicho que se volviera por donde había venido, pero ¿qué? Está saliendo con alguien que a saber qué pretende de ella.

—Ya son mayorcitas ¿no te parece? —le preguntó notando cierta incomodidad al enterarse de la visita del exnovio de Valerie.

—No —le respondió con rotundidad—. Siempre serán mis hermanas y, si solas no se dan cuenta de esas cosas, alguien tendrá que velar por ellas.

—¿Qué quería el novio de Valerie?

—Exnovio —matizó sacando las manos en los bolsillos—. Volver con ella, ¿qué va a querer?

—¿Valerie lo ha mandado de vuelta?

—Claro que sí —le repitió—. Pero está saliendo con alguien...

—Quizá no es nada serio, solo quedan para tomar algo en el Shamrock y ya está... sin compromiso...

Dexter miró a Grant enarcando una ceja.

—Yo no he dicho que fueran al Shamrock.

Grant le mantuvo la mirada.

—Solo tomamos algo.

—Mi hermana se merece mucho más que eso.

—No lo dudo.

—¿Tú qué harías en mi lugar?

—¿A qué te refieres?

—A que tu hermana fuera a acabar llorando por haberse enamorado de alguien que la considera un pasatiempo.

—Yo no he dicho eso.

—Yo creo que sí.

—Tu hermana es una mujer adulta —le recordó—. Quizá solo quiere distraerse...

Dexter contuvo su furia.

—¿Y por qué no te distraes tú con otra?

Grant le miró serio. Lo cierto era que no se había fijado en una mujer desde hacía mucho tiempo, ni mucho menos había repetido cita todas y cada una de las noches con la misma mujer como había hecho desde que estaba allí.

Le mantuvo la mirada en silencio. Dexter no pudo evitarlo. Tampoco quiso. El puño fue directo a la mandíbula de Grant que trastabilló hacia atrás.

—Como hermano lo comprenderás y, como hombre, espero que te sirva de aviso.

Grant levantó las manos en señal de rendición. No iba a devolverle el golpe. Bronwyn se enfadaría con él si lo hiciera y tendría que emplear tiempo retocando las fotos para que no se notara la marca que, sin duda, él llevaría en unos momentos.

—No pienso romperle el corazón a tu hermana —le aseguró.

—Conozco a Valerie —le dijo molesto—. Ya es tarde para eso.

Grant vio alejarse a Dexter antes de llevarse la mano a la zona dolorida. ¿No podía entender que su hermana era una mujer adulta capaz de tomar sus propias decisiones? Le molestó reconocer la envidia que sentía por ese sentimiento fraternal. Ese sentimiento que él no tenía... o no había querido tener. Pensó en su hermana. Con una mueca sacó su teléfono del bolsillo. ¿Cuánto tiempo hacía que no había hablado con ella? Años, se avergonzó. Empezando a caminar junto al lago. La llamó.



Valerie se emocionó al ver a su protector hermano prometiéndole amor eterno a la que siempre había sido la mujer de su vida. La novia estaba preciosa, sensible, radiante... Quizá algún día ella también encontrara a algún hombre que sintiera lo que su hermano sentía por Bronwyn... Su mirada se dirigió a Grant que se movía con discreción en la intimidad de la ceremonia detrás de su cámara.

Le pareció ver una sombra colorada en su mandíbula. Miró a Dexter. Esperaba que no se hubiera peleado con él, pero el novio no lucía ninguna marca. Volvió a mirar a Grant, que esquivó su mirada.

Miró a Jenny que no había dejado de llorar, emocionada, desde que habían llegado al altar. Estaba preciosa, igual que ella, con la diadema de flores y el bonito vestido en color fucsia. Jenny siempre había sido una romántica. La vio secarse de nuevo las lágrimas que silenciosamente caían por sus mejillas.

Quizá había sido muy dura con ella por hacerle ver que sabía lo de su amor platónico de toda la vida con Aidan, se arrepintió. Debía ser muy duro estar toda la vida enamorada de un hombre y tener que conformarse con otros, o con ninguno...

Miró a Grant. Se iría en unos días, o quizá en unas horas y no volvería a verlo. Sintió que el corazón se le encogía y el aire amenazaba con faltarle. Se prohibió seguir pensando. No iba a tener un ataque de ansiedad en pleno altar, con lo bonito e idílico que estaba resultado todo. Se obligó a centrarse en las palabras que el alcalde Blake, vestido con un traje gris claro, les estaba dedicando.



Cuando llegó la hora del baile, tras el emotivo brindis y el baile inicial de los novios, Valerie se acercó a Grant, que estaba solo en una mesa, mirando distraído en el visor de la cámara las fotos que había hecho.

—¿Me has estado evitando toda la tarde o me lo ha parecido? —le preguntó con una incipiente sonrisa.

Grant evitó mirarla y siguió pendiente de las fotos.

—No... solo tenía cosas que hacer.

Valerie sintió las palabras como un jarro de agua fría sobre su cabeza.

—¿Te ocurre algo? No me gustaría pensar que Dexter tiene algo que ver con tu indiferencia o con el moratón de tu mandíbula.

Grant la miró.

—Es tu hermano.

—Eso no le da derecho a meterse en mi vida.

—Claro que le otorga ese derecho —le respondió.

—No parece que te hayas defendido —miró a su hermano que bailaba abrazado a la novia en el centro del salón que en el Eden's Star habían preparado para el baile.

—No lo he hecho —le explicó—. Tenía razón. Me iré en unos días.

Valerie asintió. Esperaba ese momento. Lo que no esperaba era esa sensación de vacío tan grande, esa soledad inmensa que la invadió. Se alejó de él para sentarse junto a su hermana que miraba con una sonrisa las parejas que bailaban. Los ojos se le llenaron de lágrimas.

—¿Cómo lo haces? —le preguntó en un susurro.

—¿El qué?

—Vivir como si no pasara nada cuando tu corazón está roto en mil pedazos.

Jenny la miró extrañada, conmovida por el dolor que se reflejaba en los ojos de su hermana.

—Aidan no llegó a rompérmelo —le respondió en voz baja—. Nunca he salido con él ¿recuerdas?

Valerie le mantuvo la mirada. Su hermana solía olvidar con demasiada rapidez las ofensas, pero sus palabras parecía que sí que la habían afectado. A ella le costaba pedir perdón, reconoció arrepentida. Solo era una de sus rabietas entre hermanas, se justificó. Se fijó en la mesa de las bebidas, por un movimiento casi imperceptible.

—Está ahí.

—¿Quién?

—En las sombras de la mesa de las bebidas. Aidan.

Jenny miró hacia donde le avisó su hermana sintiendo que el mundo se paraba para ella. Vio entre las sombras a Aidan O'Brien, dejando una caja de bebidas sobre una mesa. Él parecía que buscaba a alguien con la mirada. Vestía de manera informal, con unos vaqueros y una camiseta oscura. Tenía el cabello un poco más largo de lo que recordaba, la mandíbula cuadrada y firme de los O'Brien, su cabello rojizo, sus ojos claros... Sus miradas se encontraron.

Valerie parpadeó sorprendida. La mirada que él dirigió a su hermana estaba cargada de sentimiento. Pareciera que nada existiera a su alrededor, que el mundo se hubiera detenido para ambos. Se levantó emocionada.

Jenny la miró extrañada.

—¿Qué te pasa?

Valerie negó con la cabeza, incapaz de hablar sin romper a llorar. Las dos volvieron a mirar hacia las sombras. Aidan ya no estaba. La decepción de Jenny fue visible, y su suspiro apenas perceptible.

Valerie miró a su alrededor. Todos parecían divertirse, pasárselo bien. La mayoría estaban bailando. Podría decirse que la boda estaba llegando a su fin. Nadie notaría que ella no estaba. Decidió volver a su casa acompañada de la tristeza y la compasión que sentía por ella misma.



A la mañana siguiente, Adrienne estaba sentada en la mesa de la cocina con Jenny cuando Valerie bajó.

—No te vi cuando te fuiste de la boda —le comentó mientras se levantaba para servirle la infusión.

Valerie se dejó caer en la silla y rompió a llorar desconsolada sorprendiéndose incluso a ella misma.

Jenny y Adrienne corrieron a abrazarla.

—No sé qué me pasa —tartamudeó cuando consiguió hablar.

—Creí que estabas mejor —le comentó su madre—, que te había venido bien relajarte unos días en Edentown.

—Si... yo también creía que estaba mejor...

—¿Cuándo vuelves a trabajar? —le preguntó Jenny—. Mucho tiempo libre te deja pensar muchas cosas. Por eso no cojo vacaciones.

Adrienne miró a su hija, seria.

—¿Vas a estar dentro de unos meses como tu hermana? Si el trabajo no te gusta déjalo ya y búscate otro.

—Sí que me gusta mi trabajo.

—¿Entonces de qué estás huyendo? —le preguntó Adrienne.

Jenny bajó la mirada avergonzada.

—¿Del resto de mi vida?

Adrienne se sentó en una silla mirando a sus hijas.

—¿Qué estáis haciendo, niñas?

—¿Vivir? —le preguntó Valerie secándose las lágrimas.

—¿Esto os creéis que es vivir? —les preguntó preocupada—. Una que no sale de su trabajo porque no tiene vida al margen de ello —Jenny se sonrojó—, y la otra sigue con su vida porque es demasiado testaruda como para dejarlo todo.

—No voy a reconocer que me equivoqué de profesión.

—Pues no lo reconozcas —le respondió su madre—, pero céntrate. ¿Cuánto tiempo más vas a aguantar así? Espabilad, por favor. Sé que las cosas no siempre son fáciles, pero no os las compliquéis vosotras. ¿No querías probar suerte en el mundo de la ilustración? ¿Por qué no has enviado a alguna editorial los últimos dibujos que hiciste?

—No son tan buenos...

—Valerie... —la miró impaciente.

—No sé dónde los dejé —le confesó—. Tengo que buscarlos o hacer otros... Ya he visto

algún curso sobre ilustración...

—¿Y a qué esperas para apuntarte?

—He pensado hacerlo cuando vuelva al trabajo —le aseguró—. Compaginaré ambas cosas hasta que pueda mantenerme. Reduciré gastos, ahorraré y si todo va bien, quizá me contrate alguna editorial...

Adrienne asintió.

—Pero no todo se reduce al trabajo —les dijo—. Me dolería pensar que vuestro padre y yo no os hemos inculcado otros valores. Parece que le deis más importancia al dinero o a la supervivencia que al resto de vuestra vida.

—No es tan fácil encontrar a alguien como papá, o como Dexter... —se justificó Valerie

—¿Y por qué ibais a encontrar a alguien así? —les preguntó Adrienne triste—. No es necesario tener pareja para ser feliz.

Las dos hermanas asintieron.

—Sí, pero... —comenzó a responder Valerie.

—Pero nada, cariño —la interrumpió Adrienne—. No puedes esperar que nadie solucione tus problemas. Es tu vida. Arréglala tú y luego, si aparece alguien, lo incluyes en ella. Porque tú quieres, no porque te vaya a salvar de la bancarrota o de la soledad.

—Decirlo es fácil —murmuró Jenny.

—Hacerlo también —les aseguró Adrienne—. Solo tienes que dejar de querer salirte con la tuya, Valerie. Eres joven, puedes encontrar otros trabajos, y quien tenga que aparecer, aparecerá, pero deja de negarte las cosas. ¿Te da miedo quedarte sin dinero? Vuelve a casa. Aquí tienes una habitación y comida no te va a faltar.

—No tengo veinte años, mamá, como para volver a casa y depender de ti.

—¿Depender de mí? Soy tu madre —le regañó Adrienne—. ¿Qué manera de hablar es esa? ¿Me quieres decir que si algún día yo necesito algo de ti no voy a poder pedirte ayuda?

—No he dicho eso —se defendió Valerie.

—Pues me lo ha parecido —le respondió Adrienne seria—. No te voy a repetir que tienes las puertas abiertas. Tú sabrás qué haces con tu vida, pero reaccionar ya. Las dos.

Dexter entró por la puerta con un paquete de la pastelería de Carolyn. Observó la escena, extrañado. Parecía que la tensión se respiraba en el aire.

—¿Ocurre algo? ¿De qué estabais hablando?

—¿Cómo es que has venido hoy? —le preguntó Valerie—. ¿No deberías estar en la cama con Bronwyn o de camino hacia vuestra luna de miel en París?

—Salimos en un par de horas, pero no me cambies de tema ¿va todo bien?

Adrienne le ofreció una taza de café.

—Fue una boda perfecta, hermano —le comentó Jenny, aliviada por la interrupción, cogiendo la caja para abrirla—. Hummm —se relamió—, sobró tarta de boda... Fresas con nata... Estaba buenísima...

—¿Cuándo vuelves a Washington? —le preguntó Dexter.

—Después de comer —le respondió Jenny.

—Espero que tus jefes te paguen todas las horas extras que haces.

Jenny fue a responder.

—Y si no es así, ¿qué vas a hacer? ¿Pelearte con ellos como hiciste con Grant? —interrumpió Valerie.

Todas miraron a Dexter, serias.

—Eso no fue una pelea —les respondió con una mueca—. No devolvió el golpe —miró a Valerie—, porque yo tenía razón.

—Tú sabes que tus hermanas salen con hombres ¿verdad? —le preguntó Adrienne con los brazos en jarras.

Dexter resopló molesto antes de salir por la puerta.

—A lo mejor no lo sabía —comentó con ironía Jenny antes de hundir el tenedor en la porción de tarta.

—Lo superará —añadió Valerie cogiendo otro tenedor.

Adrienne sonrió acompañando a sus hijas con la tarta.



Valerie decidió ir a despedirse de Bronwyn sabiendo que aún tenían tiempo antes de salir de viaje. No sabía por qué pensaba que si iba se sentiría más cerca de Grant, pese a las últimas palabras compartidas.

Bronwyn le abrió la puerta con una expresiva sonrisa, vestida con unos sencillos vaqueros y una camisa azul que aún resaltaba más sus bonitos ojos.

—La boda fue preciosa —le comentó mientras entraba—. Sé que aún tenéis unos minutos antes de salir de viaje.

—Sí, además tu hermano ha ido al taller a echar un último vistazo—le sonrió—. Hoy es una mañana de despedidas. Grant también ha pasado por aquí.

—¿Grant se ha ido?

Bronwyn asintió extrañada. Valerie sintió una fuerte opresión en el pecho. ¿Se había ido sin despedirse de ella? ¿Sin decirle nada? ¿Después de tantas noches compartiendo conversaciones, miradas y caricias veladas?

—Quería ver a su familia —le comentó mirándola extrañada por el cambio en su expresión.

—¿Va a ver a su hermana? —le preguntó sentándose en el sofá ante el temblor en sus rodillas.

Bronwyn la miró incrédula.

—¿Te ha hablado de su hermana? ¿Era Grant con quien te veías todas las noches? Dexter se subía por las paredes.

—Se enteró ayer.

—¿Por eso el golpe que llevaba Grant?

Valerie asintió mientras Bronwyn se sentaba a su lado.

—Grant nunca ha hablado de su familia con nadie —le confesó—. Yo lo sé porque...

—Noche de borrachera... me lo comentó —le respondió Valerie todavía aturdida.

—¿Estás enamorada de él?

Valerie se cubrió el rostro con las manos tratando de evitar que las lágrimas brotaran desconsoladas.

—Creo que estoy demasiado sensible —se justificó.

Bronwyn le pasó un brazo por los hombros.

—Grant nunca repite cita con ninguna mujer —le aseguró—. Si te veía todas las noches, y si te ha contado lo de su familia, es que le importas...

Valerie negó con la cabeza.

—No te preocupes —le pidió—. Ya se ha ido, yo volveré a la ciudad, y todo seguirá como hasta ahora.

—Sí, pero...

Valerie se secó las lágrimas.

—Me alegro de que, por lo menos, vaya a su casa —le aseguró levantándose—. Además, no pasó nada entre nosotros... Solo nos veíamos —las lágrimas volvieron a brotar—. Será mejor que me vaya... Si Dexter me ve así es capaz de ir a buscarlo... Disfrutad en París y haced muchas fotos para darnos envidia.

Bronwyn le sonrió triste.

—¿Quieres que le diga algo?

Valerie negó con la cabeza.

—No es necesario —le respondió—. Espero que sea feliz...

Salió de allí con lágrimas recorriendo su rostro. Sabía que se había enamorado, que todo acabaría tras la boda, pero no esperaba sentir su corazón roto en mil pedazos cuando llegara el momento de la inevitable despedida. Trató inútilmente de limpiarse las lágrimas. Así no iba a volver a casa. Fue a pasear por el lago. Parecía que allí siempre encontraba respuestas, o por lo menos, la calma que necesitaba.

Grant aparcó su coche confuso. ¿Dónde se había metido Valerie? Había ido a buscarla a su casa simulando que iba a despedirse de la familia, pero esperando verla, y le habían dicho que había salido. Dos veces se había recorrido Edentown sin éxito. Había vuelto al lago, donde la había visto la primera vez.

Allí estaba. Aliviado cogió el sobre que llevaba en el asiento del copiloto y fue a su encuentro.

Valerie sintió que el corazón le daba un vuelco cuando lo vio dirigirse con paso decidido hacia ella. No estaba segura de qué le iba a doler más. Si pensar que se había ido sin despedirse o que le dijera adiós directamente y verlo alejarse.

—He ido a buscarte a tu casa —le explicó con una media sonrisa que ella no lograba comprender.

—¿Ibas a despedirte de mí? —le preguntó incrédula.

¿Cómo podría tener la sangre tan fría? ¿Por qué sonreía? ¿A qué había estado jugando? Él no se había enamorado de ella, se recordó. No habían hablado de futuro, ni siquiera se habían acostado juntos ¿Qué esperaba? ¿Por qué se lo estaba tomando así?

—¿Qué te ocurre? —le preguntó Grant extrañado por las lágrimas que habían empezado a surcar sus mejillas.

Valerie negó con la cabeza.

—Espero que te vaya bien —le dijo seria dándole la espalda y comenzando a andar.

—Valerie, ¿qué ocurre?

Valerie se giró enfadada.

—Nada, ¿qué va a ocurrir? Que soy tonta. No sé qué pensé... Disculpa —le respondió obligándose a calmarse—. Ya te he dicho que te vaya bien ¿Qué más quieres que te diga? No voy a decirte que estoy enamorada de ti, ni que te quedes, ni que podríamos volver a vernos. La vida sigue, Grant. Te deseo lo mejor.

Grant la miraba paralizado. No había entendido el dolor de su mirada, pero mucho menos esperaba escuchar esas palabras. Le había abierto el corazón a esa mujer, había conseguido que volviera a ver a su familia, le había enseñado lo que era un hogar. Había creído que había

encontrado lo que toda su vida había estado buscando.

Asintió serio. Le dolía hasta respirar.

—Toma —le tendió un sobre—. Solo quería darte esto.

Valerie lo cogió. ¿Alguna foto de la boda? No se molestó en abrirlo.

Grant le mantuvo la mirada. A ella no parecía importarle el contenido del sobre.

—Bien, veo que no hay nada que hablar —le dijo con frialdad—. Sé que te gusta tenerlo todo bajo control. Pensé que así tomar una decisión con respecto a tu trabajo sería más sencillo. Espero que te vaya bien.

Valerie le miró sin entender y se fijó en el sobre. Dentro no parecía que hubiera ninguna foto. Más bien parecía algún documento.

—¿Qué es esto?

—Un día acompañé a Bronwyn a tu casa —le explicó—. Tú no estabas, pero sí tus dibujos. Los envié a un amigo...

—¿Con qué derecho hiciste eso? Eran cosas mías. He estado buscando esos dibujos...

—Me da igual que pienses que no tenía derecho o que fuera un error. Quizá tengas razón, pero ahí tienes la respuesta, que es lo que importa. Ahora tú decides.

—¿Qué decido? —le preguntó ella sin comprender.

—Tu vida, Valerie —le respondió él grabando en su retina esa última imagen con el lago de fondo y una mujer orgullosa y confundida con unos preciosos ojos verdes—. Yo no voy a molestarte más.

Valerie lo vio alejarse sintiendo que las piernas no iban a sujetarla. Verle alejándose de ella todavía dolía más. Hubiera salido corriendo tras él, abrazándole, rogándole que se quedara... Pero era absurdo. Le dio la espalda. Casi no podía respirar.

Grant se giró antes de llegar a su coche. No había esperado esa reacción. Había pensado que él le daría el sobre, que ella le abrazaría emocionada, que se besarían enamorados, que se irían a la pastelería de Carolyn a celebrarlo y que seguirían viéndose por las noches en el Shamrock, mientras empezaban a hablar de un posible futuro juntos. ¿En qué momento se había equivocado? No era el momento para pensarlo, se dijo. Primero tenía que disculparse con su hermana, y quizá... también ver a su padre.



Una hora más tarde, con una jaqueca terrible y un nudo en el corazón y otro en la garganta, Valerie decidió volver a su casa. Esperaba que su madre no le pidiera muchas explicaciones por verla llegar en ese estado.

Se percató de que aún no había abierto el sobre que tenía en la mano. Lo abrió sin curiosidad y empezó a leerlo. Frunció el ceño, extrañada. ¿Qué era eso? Tuvo que leer el encabezado varias veces. ¿Un contrato de una editorial? ¿A su nombre? Se apoyó en uno de los coches que estaban aparcados en la acera por el temblor de sus rodillas, y lo volvió a leer. ¿Un contrato para ilustrar dos libros infantiles? Parpadeó sorprendida por lo que iba a ganar por ello.

Una alegría inesperada le recorrió el cuerpo. Solo quería correr y llegar a casa para enseñárselo a su madre. Entró como un vendaval en la cocina sobresaltando a su madre y a su hermana, que estaban preparando la comida.

—Tengo un contrato —les dijo emocionada agitando el documento—. Para ilustrar dos

libros...

Jenny se lo cogió de las manos con una sonrisa y lo ojeó mientras su madre abrazaba a Valerie.

—Tengo que hablar con ellos —les explicó.

—Creía que habías dicho que no habías enviado tus dibujos —le comentó su madre, orgullosa.

Valerie negó con la cabeza mientras las lágrimas volvían a recorrer sus mejillas. Había sido un poco dura con Grant, se dijo. Apenas le había dejado hablar y no le había dado las gracias.

—Fue Grant —le explicó conteniendo las lágrimas que amenazaban con salir.

—¿El fotógrafo amigo de Bronwyn?

Valerie asintió entre lágrimas.

—Tengo que llamarle —se disculpó y subió las escaleras entre sollozos donde se mezclaban amor y tristeza.

Esa noche, Valerie no salió. Se había sentado junto a su madre a fingir que veía la serie que ella había elegido, mientras su cabeza no paraba de dar vueltas.

—No me has contado cómo habéis quedado Grant y tú —le comentó Adrienne, mirándola de reojo.

—No me ha cogido el teléfono —le resumió.

—Quizá estaba conduciendo —le justificó su madre.

Valerie la miró con un suspiro.

—¿Todo el día?

—Dale tiempo.

—¿Para qué?

—Para que se dé cuenta de que lo amas.

—No creo que piense eso después de la conversación que tuvimos.

Sintió que sus ojos se llenaban de lágrimas.

—Volverá.

Valerie sonrió triste. No creía que así fuera. Primero tendrían que hablar. Ella debería disculparse... y también debería viajar a la ciudad para resolver su vida laboral, hablar con la empresa editorial y con el hospital.

Estaba decidida a tomarse un año sabático. Podía hacerlo con el dinero que tenía ahorrado, si minimizaba gastos y volvía a casa de su madre. Además, si empezaba a trabajar para una editorial, sus ingresos no tenían por qué mermar. Suspiró melancólica.

Nunca había pensado en cambiar de vida, Grant la había apoyado, le había conseguido un contrato. En parte, tomar la decisión se lo debía a él... pero él no estaba. Quizá debía pasar por esos momentos, sola. Desde luego, no parecía que le quedara más remedio.



Dos semanas más tarde, Dexter y Bronwyn, recién llegados de su viaje de novios, fueron a desayunar a casa de Adrienne. Adrienne y Valerie los recibieron con sonrisas y abrazos.

—¿Habéis hecho muchas fotos? —le preguntó Adrienne observando el álbum de fotos que cargaba Bronwyn.

—Sí, pero estas son las de la boda —les explicó ella—. Grant me las dio antes de irse. Creo que preparará otra exposición para más adelante.

Valerie la observó esperanzada. ¿Grant iba a volver algún día? Quizá pudiera verlo, volverían a encontrarse en el Shamrock, volvería a acompañarla a casa, quiso pensar.

Adrienne se llevó la mano al pecho emocionada en cuanto vio a Dexter en la primera foto. Amor, compromiso, ilusión en la mirada que el novio dirigía a la novia cuando ella de espaldas se dirigía al altar. Miró a su hijo. Se sentía tan orgullosa de él. Amor, devoción, ternura, en la mirada de la novia en la siguiente foto... Valerie sintió cómo las emociones que expresaban las fotos se adueñaban de ella. Tanta belleza, tanto amor, tanto sentimiento reflejado en miradas y pequeños gestos. Fotos de las damas de honor -Jenny y ella- compartiendo una mirada cómplice y emocionada, el orgullo y amor incondicional de la madre de la novia...

Valerie se avergonzó de las veces que había menospreciado el trabajo de Grant frente al suyo como enfermera. Tenía un talento natural que había decidido compartir con los demás, que producía una felicidad indescriptible, y del que no tenía que huir, como le había ocurrido a ella.

—¿Sabes algo de él? —le preguntó a Bronwyn, en un susurro, tratando de aparentar indiferencia.

Bronwyn le sonrió con cariño.

—Está bien —le respondió.

Valerie asintió. Suponía que le había contado su estúpido comportamiento. Quizá pudiera arreglar las cosas cuando él volviera.



Una semana más tarde, Valerie estaba dando vida sobre el papel a un loro con sombrero pirata, cuando escuchó el timbre de la puerta. Se levantó distraída. Su madre acababa de salir hacia la última clase de pintura antes de las vacaciones. Se habría olvidado las llaves, pensó sin soltar los pinceles.

Abrió la puerta y parpadeó sorprendida. El corazón le dio un vuelco. Grant estaba allí, mirándola. Tan guapo, tan atractivo como recordaba.

—Grant... Eh... Dexter no está... ni Bronwyn...

Grant la miró con una media sonrisa.

—Me alegro, supongo, porque no quería hablar con ellos.

—¿Entonces?

Grant la miró fijamente.

—Quería darte las gracias personalmente —le explicó.

Valerie se sonrojó.

—Soy yo la que debería dártelas —le respondió—. Hablé con la editorial por el contrato que me conseguiste. Trabajo para ellos.

Grant sonrió orgulloso y satisfecho por ella.

—Dejaste el hospital.

Valerie se encogió de hombros. Un hormigueo le recorría todo el cuerpo. Hubiera querido abrazarlo, pero contuvo sus ganas.

—De momento me he tomado un año sabático, pero me reservan el puesto —le explicó—. Ya me conoces. Me gusta tener todo controlado. Pero no creo que vuelva si todo sigue así.

Grant asintió con una sonrisa. Miró intencionadamente la puerta en la que estaban.

—Oh, disculpa, entra —le invitó Valerie empezando a ponerse nerviosa, consciente de que estaban a solas, de que él había vuelto y de que su corazón y todo su cuerpo respondían a su presencia.

Grant la siguió hasta el jardín trasero donde ella estaba dibujando. Se acercó para observar los dibujos con una sonrisa.

—Un loro.

—Sí, el loro pirata Rotty —le sonrió mirando con cariño la imagen animada—. Me dijo Bronwyn que habías ido a ver a tu familia.

—Por eso quería darte las gracias.

—Yo no hice nada.

—Me hiciste ver lo importante que podría ser para mi hermana —le explicó—. Está en la universidad. Quiere ser profesora.

—Me alegro de que te fuera bien con ella.

Grant asintió agradecido.

—Con mi padre, fue todo más tenso, pero... bueno... supongo que él no sabía por dónde empezar, yo tampoco... —recordó la incomodidad de ese primer encuentro cuando fue a buscar a su hermana—, pero me invitó a pasar para tomar una cerveza, y, bueno, me preguntó qué tal me iba... Llevábamos muchos años sin hablarnos.

Valerie le sonrió.

—Te debo una disculpa —le dijo Valerie ligeramente avergonzada—. Vi las fotos de la boda. Son preciosas, increíbles... Casi puedes tocar el amor que transmiten.

Grant asintió.

—Me alegro de que te gustaran.

—Me dijo Bronwyn que harías otra exposición en breve.

—Bueno, tiene hueco para diciembre, creo —le explicó mostrándole un sobre que no se había fijado que llevaba—. Quería mostrarte esta foto que pensaba exponer.

Valerie asintió sintiendo que su corazón empezaba a rasgarse por las mismas heridas que creía que había sanado. No había vuelto por ella, ni siquiera para verla. Solo quería pedirle permiso para exponer una de sus fotos.

Abrió el sobre pensando que se vería con el bonito vestido que llevaba en la boda y las flores en el pelo, pero su piel se erizó al verse caminando junto al lago, vestida de negro, antes de la boda, antes de cambiar de vida, irradiando tristeza, soledad, angustia... Su cara estaba difuminada, pero sabía que era ella.

Miró a Grant. ¿Así la había visto? ¿Así había llegado ella a Edentown? Parecía que hubieran pasado años desde ese momento.

—Es horrible —le dijo con los ojos llenos de lágrimas—. No puedes exponer esto... Nadie puede verme así...

Grant miró la foto.

—No pensaba exponerla en Edentown —le explicó—. Pero hay un concurso, a veces participo en alguno por seguir manteniendo la fama...

Valerie le devolvió la foto.

—Supongo que es tuya, puedes hacer lo que quieras, pero no quiero que nadie me vea así —

le repitió—. Fue un mal momento que ya pasó. No recordaba sentirme tan hundida. Sabía que no estaba bien, pero las cosas han cambiado desde entonces.

Grant volvió a mirar la foto. Valerie la miró de nuevo.

—La foto es buena —comentó Valerie—, pero... me veo tan triste...

—Fue la primera vez que te vi —le comentó Grant sin dejar de mirar la foto, evocando el momento de su llegada a Edentown.

—Ha pasado mucho desde entonces... —se justificó Valerie.

—No tanto —le sonrió él guardándola de nuevo—. Entonces...

—Haz lo que quieras, pero no la expongas en Edentown —le repitió—. No quiero que nadie me vea así.

—Todo el mundo se siente así alguna vez —le explicó él levantándose—. La enviaré al concurso y ya te diré.

Valerie se levantó, buscando mentalmente una excusa para retenerlo un poco más a su lado.

—Eh... ¿no tenías ninguna foto mejor mía en la boda?

Grant sonrió mientras caminaba hacia la puerta.

—De hecho, sí —le respondió—. Ya te las enseñaré.

—¿Hasta cuándo te quedas?

—No lo sé —le respondió Grant abriendo la puerta para salir sin mirarla—. No tengo prisa... ¿nos vemos esta noche donde siempre?

Valerie lo siguió con la mirada. El corazón había vuelto a latir con fuerza.

—Sí, claro...



Valerie se pintó los labios antes de bajar al salón y despedirse de su madre. Se había sentido como cuando era quinceañera y tardaba en arreglarse casi una hora. Había escogido un vaporoso vestido veraniego de flores y unas sandalias doradas.

Adrienne la miró sorprendida.

—¿Vas a salir?

—Sí —le respondió asegurándose de llevar todo lo que quería en el bolso—. Grant ha vuelto —se sentó ruborizada a su lado.

Adrienne contuvo la sonrisa mirando a su hija, que parecía que buscaba su aprobación.

—¿Habéis quedado?

—Más o menos...

Adrienne asintió.

—Parece un buen chico —comentó volviendo a fijarse en la serie que estaba viendo en el televisor—. Pásalo bien.

Valerie asintió con una sonrisa nerviosa. Lo cierto es que estaba deseando verlo.



Grant ya estaba allí, sentado a la mesa de siempre. Sus ojos se iluminaron al verla. Ella le sonrió nerviosa. Pidió una cerveza a Jimmy y fue hacia él. Antes de sentarse, Jane y Jared entraron por la puerta entre sonrisas y les saludaron amigablemente. Mientras Jared pedía por

Jane, ella se les acercó.

—¡Hola, pareja! —les saludó—. ¿Jugamos unas partidas de billar?

Grant y Valerie se miraron cómplices, y asintieron.

—Me ha dicho Megan que buscas casa —comentó Jane a Grant mientras se dirigían a una de las mesas de billar.

—Sí —le respondió Grant ante la atenta mirada de Valerie—. Mañana iremos a ver lo que hay.

—¿Te quedas? —le susurró Valerie cuando Jane se acercó a su pareja.

Grant asintió.

—Pensaba decírtelo esta noche.

—¿Por qué?

Grant cogió un taco para él y le tendió otro a Valerie.

—¿Por qué me quedo? ¿Por qué no? —le preguntó con una atractiva sonrisa—. Edentown parece un buen sitio para vivir. Tú también has decidido quedarte ¿no?

Valerie sintió como su cuerpo reaccionaba ante él y cómo cierta ilusión cargada de esperanza la invadía.

—Sí, pero mi casa está aquí.

—Por eso estoy buscando yo una.

—Sí, pero... no es lo mismo.

—¿Otra vez me vas a decir que tu opción es mejor que la mía?

—No... solo quiero saber por qué te quedas.

—¿Qué tal si ahora jugamos y lo hablamos más tarde? —le propuso mirando a Jane mandar dos bolas rayadas a una tronera—. Las nuestras son las lisas.

A Valerie, las dos partidas se le hicieron interminables. Grant parecía estar tranquilo. Sonreía, la miraba, la cogía por la cintura alguna vez, le rozaba el brazo o el muslo cuando pasaba a su lado... Estaba deseando quedarse a solas con él. Pidió otra ronda de cervezas,

Antes de que Jane y Jared se alzarán con la victoria, Chris y Paul llegaron y vieron el final de la partida.

—¿Os apetece una revancha? —les preguntó Chris cogiendo el taco que Jared dejaba.

Grant miró a Valerie. Su falta de interés era visible. Él la cogió de la mano.

—Otra vez será, chicos —les dijo amistoso—. Tengo que enseñarle unas fotos a Valerie.

Grant tiró de Valerie hasta fuera, cruzándose con otra pareja que entraba al pub irlandés.

La noche era muy agradable. El cielo estaba lleno de estrellas. La luna brillaba en todo su esplendor, alumbrando el camino que habían tomado en dirección al lago. Valerie se había dejado llevar, nerviosa, con la respiración agitada y las piernas temblorosas.

Grant entrelazó sus dedos con los de ella.

—Espero que no te haya importado no jugar una partida con tus amigos.

—¿Con Chris y Paul? —le preguntó—. No, claro que no. ¿De verdad quieres enseñarme unas fotos?

—¿No quieres ver las fotos que hice para la boda y que no he incluido en el reportaje de los novios?

Valerie se encogió de hombros y asintió en silencio. Cualquier excusa le parecía buena para estar con él, aunque temía que ver unas fotos no fuera suficiente para lo que su corazón sentía.

—¿Qué tal estás? —le preguntó Grant mientras paseaban y la miraba de reojo.

—Bien —le respondió sintiendo el calor de la mano rodeando la suya.

—Cuéntame.

—Creo que deberías contarme tú —le preguntó Valerie, impaciente—. Jane ha dicho que estabas buscando una casa.

—Bueno, —asintió Grant—. Edentown no me parece mal lugar para vivir.

—Sí, eso ya me lo has dicho —le respondió Valerie mirando hacia el lago Eden junto al que estaban paseando.

—Digamos que nunca he tenido un hogar —comenzó—, y, bueno, Edentown me gustó. Me gustó la luz que se refleja en el lago, el sol en las hojas de los árboles del bosque, la vida tranquila, las noches en el Shamrock, la gente...

Valerie le miraba en silencio. Grant la miró.

—No sabía si estarías... Pero no tenía nada mejor que hacer que esperarte...

—¿A mí?

Grant asintió.

—La foto del lago no es la única que tengo tuya —le sonrió—. Lo cierto es que tengo cientos de fotos. Mientras las revelaba me sorprendí sonriendo. No me cansaba de mirarte, de estudiar tus gestos, de recordar nuestros encuentros...

—No me dijiste nada... —Valerie se detuvo sintiendo que las rodillas le temblaban.

—Yo tenía asuntos que arreglar con mi familia, tú debías tomar tu propia decisión —le explicó deteniéndose frente a ella.

—¿Y si hubiera elegido volver al hospital y seguir siendo enfermera? —le preguntó manteniéndole la mirada—. Aún no me he despedido del todo. Solo es un año sabático.

—No me importaba esperarte —le dijo cogiéndola por la cintura con firmeza, sin dejar de mirarla—, pero no quería interferir.

—¿No querías interferir? ¿Cuándo? ¿Cuándo enviaste mis dibujos a una editorial sin mi consentimiento?

—No —le respondió él—. Ahí quería hacerte ver que los sueños pueden hacerse realidad. Supongo que confiaba en ti más que tú misma. Solo te di un empujón, pero la decisión final debía ser tuya.

—¿Y ahora?

—Ahora, ¿qué? —le preguntó Grant acercándose más a ella, cogiéndola por la cintura.

Valerie sentía el corazón desbocado, las piernas temblando, la respiración entrecortada. Grant la besó en los labios con suavidad al principio, con hambre después, arrastrándola con él en el beso.

—Voy a quedarme aquí —le confirmó en un murmullo—. Me encantaría que estuviéramos juntos, que nos viéramos por las noches, que nos encontráramos por las mañanas... —la besó con más calma—. Tómame el tiempo que necesites —volvió a besarla—... para estar conmigo. La decisión es tuya...

Valerie se entregó al beso, confiada. Entre sombras, junto al lago, donde tantas veces se había planteado su vida.

—Creo que la decisión está tomada desde hace tiempo —le sonrió pasando los brazos por su cuello y poniéndose de puntillas para empezar a besarla—. Solo esperaba que volvieras y me dijeras algo.

—¿Qué quieres que te diga?

—Que me amas.

—Te amo.

Valerie volvió a besarle emocionada. Grant le correspondió al beso.

—No es buena idea que sigamos besándonos en la calle —le susurró Grant—. Vamos al hotel.

Valerie le mantuvo la mirada. ¿Pretendía llevarla a la cama? Sabía a lo que se exponía si entraba en su habitación, si tenían una cama cerca... La tentación sería demasiado grande. Ya eran adultos, se respondió con la respiración entrecortada.

Grant notó sus dudas.

—Vamos a ver las fotos —le recordó—. Las tengo allí.

Valerie asintió confiada.

Llegaron al hotel entre sonrisas y besos compartidos. Saludaron a Sadie, la joven recepcionista y subieron a la habitación.

Pese a que Valerie era lo que esperaba, Grant no la besó al entrar en la habitación. No la tumbó en la cama. No se deshizo de su ropa. Grant entró tranquilo, encendiendo las luces, soltándole la mano e invitándola a acercarse a la pequeña mesa que había en un rincón.

Entre un par de maletas apiladas en la pared sacó una carpeta cuadrada bastante grande. Grant la abrió mientras Valerie se acercaba indecisa.

—No creas que no quiero tumbarte en la cama —le sonrió enseñándole la primera foto—. Es solo que no tengo prisa alguna por hacerlo —le susurró acariciándola con la mirada.

Valerie se relajó con el comentario.

—Bueno es saberlo... vaya... —se vio en la foto y se quedó sin habla.

Estaba preciosa, radiante, irradiando amor mientras miraba a la pareja que contraía matrimonio en el altar. El sol del atardecer se reflejaba en su cabello.

—Estoy preciosa...

—Eres preciosa —le confirmó él—. Mira... —le enseñó una foto del día que fueron a escoger las flores.

Valerie la miró confundida. En esa foto se le notaba un gesto tenso, incluso una ligera arruga en el entrecejo. Grant le fue pasando fotos. Todas de ella. Pudo ver como conforme habían pasado los días en Edentown su gesto se había suavizado y su sonrisa surgía de manera natural.

Supuso que era una confirmación de que había hecho bien dejando atrás lo que le hacía sentirse tensa y agobiada. Realmente, sus ataques de ansiedad también habían desaparecido.

Vio otra foto en el jardín trasero de su casa con sus pinturas en la mano, con la mirada perdida en lo que fuera que estuviera pintando, totalmente abstraída y relajada.

—¿Pero solo tienes fotos mías?

—¿Ahora mismo impresas? Creo que sí —le sonrió—. También saqué algunas del lago —le señaló el ordenador sobre la mesilla de noche—. En el ordenador tengo muchas más, de diferentes proyectos que tengo entre manos. ¿Quieres verlas?

Valerie se encogió de hombros en silencio, consciente de la intimidad de la habitación, de la complicidad entre los dos, de sus propios sentimientos.

Grant se le acercó.

—Fue cuando me di cuenta de que te amaba.

—¿Cuándo?

—Viendo tus fotos, el cambio en tu semblante con el paso del tiempo, el color de tus ojos, el brillo en tu mirada, el cariño que irradiabas que era cada vez más presente... y que más del cincuenta por ciento de las fotos que había hecho estando aquí eran tuyas...

Valerie se acercó a él con una sonrisa pletórica.

—No se lo digas a mi hermano o...

—Fue lo primero que le dije cuando regresé —le confesó con una media sonrisa—. A Bronwyn ya le había dado su álbum de fotos, a Dexter le di la promesa de que iba a amarte, cuidarte y protegerte toda la vida si tú me aceptabas como pareja.

Valerie sintió como un escalofrío le recorría el cuerpo mientras su corazón latía con fuerza. Se arrojó a sus brazos besándolo con pasión. Grant la acogió en su pecho compartiendo el beso con la misma entrega.

—Creo que te ha quedado clara la decisión que he tomado ¿no? —le preguntó Valerie con una sonrisa radiante.

Grant asintió orgulloso, enamorado, y sintiendo que, por fin, había encontrado su sitio. En el corazón de Valerie. En Edentown.

Querida lectora:

¿Te ha gustado esta novela?

Me harías un gran favor si compartieras tu testimonio en las redes para ayudar a su divulgación.

¿Quieres conocer la historia de Dexter <https://amzn.to/2GHpBNf> o Jane (GRATIS en mi web, [http: www.annabethberkley.com](http://www.annabethberkley.com)) ?

No te las pierdas. Si no las has leído todavía, búscalas en Amazon.

Otros libros de la autora de la misma colección

Una decisión afortunada. (Edentown 1)

Laurel sabe lo que quiere. Nick cree que también lo sabe... hasta que conoce a Laurel.

Laurel Harding llevaba tiempo sin fijarse en ningún hombre, así que cuando un joven tremendamente atractivo sugiere la posibilidad de alquilar una habitación en Edentown de manera temporal, no duda en ofrecerle la que queda libre en su casa.

Mientras tanto, sigue esperando que los herederos del hotel en el que trabaja respondan al email que les ha enviado reclamando su atención y un aumento del presupuesto.

Nicholas Jordan es el encargado de comprobar que el hotel favorito de su abuelo, donde había decidido retirarse y pasar los últimos años de su vida, realmente cuenta con el potencial que la ambiciosa gerente y probable examante de su ancestro les manifiesta.

Llega a Edentown dispuesto a comprobarlo sin prever que ser fiel a sí mismo puede hacer que su vida salte por los aires, pero que no serlo puede que sea aún peor.

Descarga tu ebook hoy haciendo clic aquí: <https://amzn.to/2FcUyIF>
y ¡descubre las bonitas historias de amor que suceden en Edentown!

Una pasión escondida (Edentown 2)

Ella no sabía lo que era la pasión hasta que él le enseñó todo lo que podía darle.

Cansada de hacer siempre lo que se espera de ella, Jane Muldoon decide tener una secreta y tórrida aventura de fin de semana con un atractivo motorista al que no piensa volver a ver.

Jared Jackson no puede evitar sonreír cuando, sin apenas esfuerzo, se lleva a su habitación a la rubia más guapa y sexy que ha visto en su vida. Era lo mejor que le había pasado desde hacía muchísimo tiempo.

Lo que ninguno esperaba era que volverían a encontrarse en los días previos a la boda de sus mejores amigos.

Jane encuentra lo que sabe que le falta. Jared descubre lo que no sabía que necesitaba.
¿Podrán hacer frente a ello?

GRATIS en la web: <https://www.annabethberkley.com>

El triunfo del hogar (Edentown 3)

Ella quería una familia, él quería un lugar para descansar.
Juntos descubrirán que deseaban lo mismo.

Megan Saint James está cansada de esperar a que su hombre ideal aparezca a lomos de un caballo blanco y le prometa felicidad eterna. Está dispuesta a crear la familia que no tuvo de niña, aunque tenga que hacerlo ella sola.

Keith Logan busca un lugar donde curar las heridas físicas de las que le han jubilado

anticipadamente y las heridas del corazón, que le impiden volver a confiar en alguien.

Ella no quiere esperar más. El bastante tiene consigo mismo.

¿Podrá Megan posponer su decisión de ser madre? ¿Se atreverá Keith a olvidar el pasado y dar una nueva oportunidad al amor?

Descarga tu ebook hoy haciendo clic aquí: <https://amzn.to/3j5JAnC>

y ¡descubre las bonitas historias de amor que suceden en Edentown!